

**JULIO CÉSAR CERLETTI**

**CÓDIGOS**



**DE BARRA**

**SEÑALES DE HUMO**



**JULIO CÉSAR CERLETTI**

**CÓDIGOS**



**DE BARRA**

**SEÑALES DE HUMO**

*Códigos de barra*

Primera edición octubre de 2017

© Julio César Cerletti

Diseño e ilustraciones: Julio César Cerletti

Señales de Humo

<https://jcerletti.wordpress.com/>

*Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública y utilización, total o parcial, de los contenidos de este libro, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización.*

*A la barra.*

*Al amigo invisible.*





## **Agradecimientos**

A la Gringa, especialmente, por las críticas, las correcciones y (sobre todo) los debates filosóficos.

Al Noruego, con quien tuve (y tengo) algunos diálogos (y/o divagues) por el estilo.

A Starsen, que inspiró rasgos de los personajes y (de vez en cuando) me reconcilia con los porteños.

A la Chinita, porque aportó (consciente o inconscientemente) temas a la discusión.

A la Bruja, por introducirme a los “clásicos” y ser un jugador de los de antes.

A la Bicha, porque puede reconocer a todos los personajes como realmente son.

Al Gorrión, mi eterno representante, por su sabiduría futbolística y universal.

A Luquitas, entre otras cosas, por los cereales de chocolate vencidos.

A la Tortuga, por sus fábulas de Bergkamp y las transocénicas cervezas con manises.

A Carmela, por ampliar los límites del mundo.

A Meteorodark, mezcla de poeta y troll, por su agudeza y sentido del humor en las dos facetas.





# ÍNDICE

<i>Desperfectos</i> .....	15
<i>Fuera de juego</i> .....	23
<i>La lección de Bonciotti</i> .....	29
<i>Trucos de la mente</i> .....	35
<i>Adolesciendo</i> .....	45
<i>¿Mandrake al bajo?</i> .....	53
<i>Grandes temas de la humanidad</i> .....	59
<i>Cansancio</i> .....	65
<i>Divorcio para todos</i> .....	73
<i>La paradoja del fumador</i> .....	77
<i>La verdad sobre Maidana</i> .....	87
<i>La táctica de Pepe L'Amour</i> .....	105
<i>Diamante</i> .....	115
<i>Jerónimo</i> .....	121
<i>Parafasia literaria</i> .....	131
<i>Coso</i> .....	141
<i>De mal en peor</i> .....	147
<i>Los Newton del mañana</i> .....	157





AK  
2016



*Manolo, el Gallego, el dueño del café-bar que hacía esquina en la intersección de aquella calle y esta avenida, se encontró olvidado en una mesa un cuaderno de tapas amarillas. No era nuevo, en ningún sentido: estaba usado, con los bordes de la cartulina exterior un poco agrietados, la espiral del lomo algo destartada y las hojas casi completamente escritas; y no era una novedad verlo ahí, porque era el lugar donde solía sentarse a escribir en sus páginas Martín, el uruguayo.*

*Al principio, Manolo lo guardó respetuosamente, sin atreverse a profanar su contenido, a la espera de que Martín regresara, para devolvérselo. Pero pasaron los días, las semanas y los meses, y Martín jamás volvió.*

*Entonces, cuando su instinto le dijo que el dueño no vendría a reclamar su propiedad, el Gallego abrió la cuarteada tapa con delicadeza, como dispuesto a descubrir el tesoro escondido en un antiguo cofre.*



## ***Desperfectos***

Los muchachos estaban aburridos en la mesa. Un calor inusual los tenía más apagados que de costumbre a esas horas de la tarde. El aire acondicionado no andaba y el resto del bar, semivacío, parecía acompañar el humor del grupo. Incluso Manolo, el Gallego, el dueño, un tipo siempre activo, dormitaba de pie tras la barra.

El Negro estaba con la típica expresión de desconsuelo y parquedad que lo acompañaba de tanto en tanto. Acababa de cortar con la Colorada, la mujer con la que mantenía una relación inconstante, de acercamiento y alejamiento permanentes, cíclica. Esta vez parecía que era la definitiva; pero las veces anteriores también habían parecido definitivas.

El Rober estaba de bajón, con abstinencia de fútbol. Aún faltaban unas semanas para que empezaran los torneos de verano y se contentaba con pescar en el cable partidos de antaño o de ligas inverosímiles. Pero ninguno lo llenaba ni le daba tema de conversación con los amigos, quienes no seguían esos encuentros ignotos. Su mano repiqueteaba

con parsimonia en la mesa, como si contara los segundos que faltaban para el próximo partido.

Julito jugueteaba con su nuevo teléfono inteligente, haciendo como si esperara una llamada, o como si hubiese algo fascinante en saltar con el dedo de un menú al otro.

Mandrake se hurgaba la nariz con desgano, casi por costumbre, con el meñique derecho apenas rozando los bordes de las fosas nasales. Tomaba de vez en cuando unos sonoros sorbitos de cerveza y jugueteaba con la mano izquierda en el plato de papafritas, revolviendo despacio el contenido sin propósito alguno.

Cacho estaba despatarrado en su silla y parecía realmente aplastado, como si el calor lo empujara hacia el suelo, comprimiéndolo, ensanchándolo, exprimiéndole el sudor por todos los poros.

Entonces, como quien pregunta la hora, Cacho soltó un interrogante inesperado, surgido de pensamientos latentes que daban vueltas por su cabeza en esos ratos muertos que uno tiene cuando viaja en colectivo o espera en la cola del supermercado:

—Che, loco, ¿qué es la perfección?

A continuación hubo unos silenciosos segundos de duda. Cacho, abanicándose con el menú de helados, miraba al suelo con la vista perdida, sin esperar respuesta. Los demás continuaron inmóviles, inconmovibles, como si nadie hubiese hablado con ellos. La discusión que inauguraba la pregunta de Cacho podría haber muerto ahí mismo, abortada antes de nacer, sin pena ni gloria y sin que nadie se lamentara por ello. Pero Julito, también desde el fondo de reflexiones atávicas, contestó casi sin querer:



–El *iPhone*.

Mandrake se paralizó con el dedo a punto de catapultar una mucosidad al infinito; se quedó mirando a Julito como si este acabara de insultar a su madre. El Rober, en cambio, se sonrió condescendiente y siguió golpeteando la mesa. El Negro negó con la cabeza, como diciendo “este tipo es incorregible”. Cacho, por fin, salió de su hundimiento y recriminó a Julito:

–¿Un *iPhone*? ¿Vos sos pelotudo o te hacés?

–Eh, eh, que yo no dije “un *iPhone*” sino “el *iPhone*” –se defendió Julito, atrayendo la atención de los otros–. Me refiero al concepto y todo lo que trae aparejado. Esto es una computadora de bolsillo, un teléfono, un televisor portátil, una cámara de fotos, un navegador de internet, un GPS. Podés hasta pagar con él, sincronizarlo con otros aparatos, acceder a la nube... Es la máquina definitiva, el dispositivo total –concluyó.

–En todo caso, digo yo, será el *smartphone* en general –replicó Cacho.

–Cualquiera no es lo mismo –sonrió Julito, mientras levantaba su aparato de la mesa y enseñaba el logo de la manzanita a sus compañeros.

–No sé de qué carajo están hablando –intervino Mandrake, iracundo, con cara de que aquello tenía que ser una broma–, pero seguro que la *perfesión* no puede ser un aparato de mierda que se queda sin batería cada tres segundos y que se rompe con mirarlo, nomás.

–La fragilidad, lo efímero, son cualidades de lo perfecto –ensayó Julito, disimulando su falta de convencimiento con una teatralidad poética exagerada.

–¡Ni en pedo! –saltó el Negro, ansioso por dinamitar el argumento de Julito y, si hubiera podido, también el *iPhone* de Julito– La eternidad es cualidad de lo perfecto. El Universo es perfecto.

–Negro, te fuiste al carajo –le soltó Mandrake, dándole palmaditas de consuelo en el hombro. La camisa del Negro se llenó de aceite.

–¿El Universo es perfecto? –quiso indagar Cacho.

–El Cosmos, las estrellas, la materia... De lo infinitamente grande a lo infinitamente pequeño, el delicado equilibrio de la naturaleza en permanente cambio... Todo está conectado de un modo que ni siquiera podemos imaginar y todo funciona. Las galaxias, el ADN, la química, las fuerzas físicas... Es, es... ¡Es perfecto! –se entusiasmó el Negro, que no encontraba palabras para explicar lo que estaba pensando, o sintiendo.

–No hay que ser tan grandilocuente, Negro –cortó el Rober, sereno–. A veces la perfección está en las pequeñas cosas de cada día, en esos detalles que hacen de algo medianamente rutinario una cosa digna de admiración.

–¿Ah sí? ¿Y cómo es eso? –se interesó Cacho.

–A ver... cómo te explico... –empezó el Rober– Imaginate un gol. Es una boludez, lo hacemos todos los días en el partidito de la semana. Pero, de repente, aparece el gol de Maradona contra los ingleses...

–¿Cuál? –interrumpió Julito, simulando deliberada ignorancia.

–¿Cuál va a ser, boludo? ¡El golazo! –se ofendió el Rober.

–Podría haber sido el otro, ¿por qué no? –insistió Julito.

–Bueno, sí, por qué no. El otro también, mirá vos –contratacó el Rober–. Cualquiera de los dos goles son detalles de perfección, a su manera. Uno es la exacta coordinación de cuerpo y mente, la combinación ideal de rival, escenario y contexto, de hombre y momento. Es la épica resumida en cinco o seis gambetas. Es el gol perfecto.

–¿Y el otro? –Mandrake parecía ansioso por saberlo.

–El otro es una obra maestra de la picardía criolla. Es la viveza en su máxima expresión. De todos los goles tramposos, es sin dudas el mejor. Es el engaño perfecto y, a la vez, la perfecta encarnación de la justicia poética.

–Fútbol... –resopló Julito, mostrando su desacuerdo.

El Rober, satisfecho con su exposición, se recostó sobre el respaldo. El Negro miraba por la ventana una luna tempranera que se mezclaba entre las nubes del atardecer. Julito agarró su teléfono e hizo como que hacía algo útil con él. Mandrake, en cambio, agarró una papafrita y la miró con esmero.

–¿Qué hacés, Mandrake? ¿Buscás la perfección en una papafrita? –se burló el Rober.

–Capaz... –dijo Mandrake, muy serio, concentrado en las ondulaciones– ¿Vos conocés a alguien al que no le gusten las papafritas? –preguntó al cabo de unos segundos de sesuda reflexión.

El Rober pensó un momento, mientras los otros lo miraban con interés ante el repentino e inesperado desafío de Mandrake. Con algo de asombro, negó con la cabeza:

–No... No que yo sepa –respondió–. Pero habrá alguien a quien no le gusten... digo yo... –especuló el Rober.

–No, no hay, papá –se vanaglorió Mandrake–. ¿O por qué te pensás que te las ponen en todos lados con la birra, eh?

–Porque son saladas y te dan sed. Y porque son baratas –desmitificó el Negro, en la luna.

–Nah, cualquiera –rebatió Mandrake sin más argumentos–. Esto es el acompañamiento ideal pa' cualquier cosa. Es el morfi *ferpecto* –y diciendo esto se metió la papafrita a la boca y masticó ruidosamente.

–¿Y vos, Cacho? –curioseó el Rober.

–¿Yo? –dijo el otro, sorprendido por la pregunta– No sé... yo... Tal vez pensara... no sé... por ahí en una mina...

–¿De oro? –bromeó Julito, distraído con el aparato.

–Imposible. Mujer y perfección son términos contradictorios –negó con resentimiento el Negro.

Pero Cacho siguió divagando sin prestar atención a lo que decían los otros:

–Una mina que te quiera como una madre, que esté buena como Marilyn Monroe y que tenga la guita de J.K. Rowling... –fantaseó.

–Y que le guste el fútbol –añadió el Rober.

–Y que tenga un *iPhone* –completó Julito.

–Y que te haga las mejores papafritas –concluyó Mandrake.

El Negro iba a sugerir algo sobre cabelleras rojizas, pero se lo guardó para él.

Cacho miró a sus compañeros y después fijó la vista en las baldosas para intentar formar en su

mente la imagen de la mujer perfecta. Pero apareció Marilyn Monroe mirando fútbol en un *iPhone* mientras freía papas: y así desapareció cualquier vestigio de perfección.

Cacho resbaló lentamente por la silla, como si acabara de recordar que hacía un calor sofocante, acrecentado por un desperfecto en el aire acondicionado.



## ***Fuera de juego***

Cacho, la última incorporación de la barra, llegó junto al Negro hasta el bar de Manolo. Ahí lo encontraron al Rober, con una birra de litro sobre la mesa, unos manises, unos palitos y algunas servilletas de papel hechas pelota.

–¿Qué hacés, Rober? –saludó el Negro.

–Bajoneado –dijo el otro, como suspirando una obviedad.

–Contá, contá –sugirió Cacho, convencido de que hablar sobre un problema es la mitad de su solución. (Y sobreactuando su recién adquirida amistad con los muchachos).

Es así, viste –sentenció El Rober–. Otro año más igual. Empieza el campeonato y ya te olvidaste del año anterior, de esos puntos tontos que perdiste de local, de cómo te cagó el referí en la cancha de los otros... Agua pasada. Te da igual. Ahora es distinto, arrancamos todo de cero. Tenés más o menos el mismo equipo, es cierto: alguno más veterano, algún pibe nuevo; pero más o menos lo mismo. Sabés que

no es un gran equipo, uno de esos que hacen historia, que marcan a fuego la memoria de los hinchas propios y de los rivales; pero es digno, viste, y con la combinación de resultados adecuada, puede aspirar a campeón.

»A ver este año, te decís. Capaz que esta vez sí que se da.

»El primer partido te toca de local: ganás por goleada (un tres a cero, tampoco nada exagerado) y ya empezás a soñar. Después encadenás tres o cuatro triunfos al hilo: alguno sobre la hora, otro de puro milagro, y alguno sólido pero mínimo. Empatás con un equipo difícil, de visitante, y te llenás de orgullo. Capaz que esta vez sí que se da, te repetís con más convicción.

»Y entonces vas y ganás a uno de los de arriba, de los jodidos, al vigente campeón o algo así. Y te envalentonás. Se te da por cantar, en público y sin remordimientos, eso de que “vaaa saveeer que vamo sasalir campeoneee...”

»Un empate de local. Partido feo, malo. Un traspié, no pasa nada.

»Primera derrota, de visitante. Mala pata: un descuido de la defensa, o una pifia del arquero, pero nada grave. Casualidad, mala suerte. Esto sigue.

»Pero entonces enganchás dos empates, otra derrota... y cuando te querés dar cuenta te empiezan a sacar dos, cinco, siete puntos de ventaja.

»El equipo, de a poquito, se te viene abajo. Vuelven los viejos fantasmas, las viejas dudas. Los



muchachos lo intentan, se dan ánimos, se motivan antes de cada partido, en el túnel o en los vestuarios: “Vamo’ ¿eh? ¡Concentrados, carajo!” Pero en cuanto entra el primer gol en contra, en cuanto un tiro en el palo tuyo se convierte en un contraataque y en el uno a cero para ellos, a todos se les viene la imagen del torneo anterior, y el anterior, y el otro... Ya saben que no hay arreglo. Que es lo que hay, que no se puede aspirar a otra cosa. Que nos va a tocar ser otra vez octavos, o décimos.

»No tenemos la suerte de campeón, pensás primero.

»No tenemos recursos de campeón, después.

»No tenemos pasta de campeón, finalmente.

»Nunca vamos a salir campeones. No es lo nuestro. Somos el relleno, los figurantes, el mal necesario, el vehículo para que otros conozcan la gloria del triunfo. Nada más.

»Termina el campeonato y ahí estás, a mitad de tabla, un año más viejo, un año más cansado. ¿Vale la pena? ¿Tiene sentido? ¿Para qué seguir jugando?

»Con la pelota parada, te ponés a pensar, te replanteás tus prioridades, lo que querés y lo que podés ser, hasta dónde te permitís aspirar. Hacés un balance racional y te intentás convencer de que vas a tomar una actitud sensata, que esto no te va a pasar de nuevo, que no vas a ilusionarte ni a sufrir otra vez. Capaz que es momento de retirarse.

»Pero entonces se viene el nuevo campeonato y te volvéis a juntar con los muchachos; te alegrás

de verlos, te entusiasma la idea de pisar otra vez el césped, de tocar el cuero, de no volver a cometer ese fallo, de acertar la próxima vez. La próxima vez. Esta vez. Esta vez no nos van a agarrar, esta vez ya sabemos lo que hay que hacer. Y te la creés.

»Capaz que esta vez sí que se da, decís. Y el ciclo vuelve a empezar.

El Rober se calló. Tomó un sorbo de cerveza y perdió la mirada por unos segundos en el platito de maní. Después suspiró y, sin levantar la vista, saludó a los muchachos hasta mañana, dejó unos pesos sobre la mesa y se fue caminando despacito, cabizbajo. Cacho y el Negro lo vieron alejarse en silencio.

Cuando el Rober ya estaba a una manzana, Cacho habló:

–Este Rober es un poeta del fulbo, eh –le dijo con tono cómplice al Negro.

–¿Fútbol? –preguntó retórico el Negro, con la suficiencia que dan los años de experiencia, el conocimiento cercano de un amigo, el haber compartido mil batallas, mil derrotas– No, el Rober no hablaba de fútbol. A este lo que le pasa es que, de nuevo, por enésima vez, acaba de rechazarlo una mina.

*Manolo recordó la primera vez que el Yorugua entró al bar: tendría unos treinta y pocos, pero aparentaba alguno más, con esa pelada reinando en la cabeza, la barba descuidada y los anteojos. Si no hubiese sido porque vestía vaqueros desteñidos, zapatillas viejas y un buzo gastado (y porque, como supo después, a Martín no le gustaba el tabaco), Manolo lo habría descrito como a uno de esos viejos escritores de antaño, de los que fumaban en pipa con un libro en la mano y una biblioteca enorme guardándole las espaldas.*

*Pero Martín no era eso. Atravesó la puerta solo, sigiloso, y la cabeza gacha como si temiera ofender con la mirada a los otros parroquianos. Buscó una mesa apartada, cerca de la barra, en un rincón alejado de las ventanas y de la gente, y con buen ángulo para pispear la televisión que colgaba del soporte en la pared.*

*–Buenas tardes –lo saludó Manolo.*

*–Hola. ¿Un café con leche y tres medialunas, puede ser? –pidió él, tímido; después aclaró:– Si son de grasa mejor, las medialunas.*

*–En seguida, caballero –le respondió Manolo, y se fue a servir el pedido.*

*Mientras tanto, Martín sacó el cuaderno de tapas amarillas, una birome negra y se puso a escribir despacio, haciendo pausas de vez en cuando para mirar a las otras mesas, a la ventana o a la televisión.*



## ***La lección de Bonciotti***

En la pantalla se veía la repetición: el defensor rival iba con la pierna levantada, con el pie a la altura de la rodilla, e impactaba de refilón (muy de refilón) con la rótula del delantero; este caía y se revolvió de fingido dolor, mientras el árbitro aparecía corriendo en el encuadre con la tarjeta roja en la mano. El defensor, indiferente a su expulsión, se agachaba con gesto recio y susurraba unas palabras en el oído del agonizante caído; por cómo se incorporó el delantero –de un salto, lleno de energía y sin el menor rastro de su dolencia– se habría dicho que el defensor pronunció algún conjuro mágico, una oración sanadora, algo digno del show evangelista de los domingos. Las escenas continuaban: una vez de pie, el delantero empujaba al defensor en tres ángulos de cámara diferentes, seguido por un *jab* de izquierda que no llegó a destino; no obstante, el defensor caía como peso muerto, tomándose la cara con ambas manos, en un gesto mezcla de sufrimiento y necesidad de ocultar la risa. El árbitro, testigo en primerísimo plano, volvía a alzar la tarjeta roja, esta vez castigando al delantero.

–¡Qué boludo! ¡Mirá cómo se hizo echar! –rezongó Cacho.

–A estos jugadores les falta cabeza –asintió el Rober.

–¡Ya estaba! Había conseguido que expulsaran al otro animal... pero no va y se prende en el quilombo. ¡Qué boludo! –continuó despotricando Cacho.

–Esto no le hubiera pasado al Toto Bonciotti –recordó el Rober.

–¿Bonchoti? ¿Y ese quién es? –preguntó Cacho en su cándida juventud.

–Era –corrigió el Rober–. Era un delantero de los de antes, de cuando mi abuelo llevaba a mi viejo a la cancha. Era uno de esos anteriores a la era de la televisión, del márketing y de los sueldos millonarios. Con decirte que jugó siempre en el equipo de su barrio, te lo digo todo –suspiró, como introduciendo una historia épica.

–Contá, contá –alentó Cacho, deseoso por eludir el televisor donde su delantero volvía a ser expulsado y perdían todas las posibilidades de empatar el partido.

–A este pobre de Bonciotti solían cagarlo a patadas en todos los partidos. Era uno de esos *güines* habilidosos, que te enloquecían en una baldosa y te ponían el centro en la cabeza, justo para el gol. Y ojo: en aquellas épocas, con pelotas de cuero pesadas, canchas que parecían potreros y defensores que te daban con el hacha mientras el referí miraba para otro lado. No sé si había tarjetas, ni siquiera... –recordó el Rober.

–Bueno, no exagerés, ¿cómo no iba a haber tarjetas? –vociferó Cacho.

–Y, más o menos hasta el Mundial del ‘66 no había, eh –corrigió el Rober–. Bueno, la cuestión es que un día, ya no me acuerdo si era por un ascenso o en algún partido con un grande, viene el dos de ellos y le mete un planchazo asesino; por suerte no lo agarró bien y, pasado el momento del golpe, Bonciotti puede seguir jugando.

–¿Pero cobraron *fául*?

–¡No, nada! “Siga, siga...”, dijo el referí.

–Qué bárbaro. ¿Y qué hizo el tipo este?

–¿Vos qué pensás que hizo Bonciotti? –desafió el Rober, para que Cacho imaginara un poco.

–No sé. ¿Le protestó al árbitro? ¿O le devolvió la patada al defensor? –tanteó Cacho, sin estar convencido; sabía que la respuesta iba a ser otra.

–Nada de eso. Los mariquitas de ahora habrían ido como moscas donde el referí, rodeándolo como a un sorete en medio de la cancha, lloriqueando justicia, el *fául* que no me cobraste allá y cosas así. O los descerebrados como ese –el Rober señaló las imágenes de la televisión– se habrían vuelto locos y habrían cambiado el fútbol por el karate. Pero no, Bonciotti era distinto.

–¿Y qué hizo? –el suspenso empezaba a carcomer la moral de Cacho.

–Se levantó y siguió jugando, como si no hubiera pasado nada. Pero en la siguiente que tuvo delante del dos, le tiró un caño para enmarcar, una obra maestra; después se metió en el área, dio un pase gol y el *centrofóguard* la mandó a las nubes –relató el Rober.

–¿Y qué más? –Cacho esperaba un cierre apoteósico para la anécdota.

—¿Cómo “qué más”? Ya está. Le pegaron una patada asesina y, en vez de acobardarse, llorar o volverse loco, Bonciotti tiró un caño y cumplió con su deber —el Rober parecía más que satisfecho, incluso orgulloso con la conclusión—. ¿Qué querés?

—Bueno, no sé... —Cacho no podía ocultar cierta decepción— Me esperaba otra cosa. Hoy en día, de vez en cuando, también se ve a algunos delanteros con valor que responden a una patada con un caño, un sombrero, una gambeta o una pisadita en el banderín del córner.

—Sí, puede —matizó el Rober—, pero ahora lo hacen más para la galería que por convicción.

—No entiendo, ¿cuál es la diferencia entre *Bonchoti* y los de ahora?

—Mirá Cacho: es probable que aquel dos no se haya ni enterado de por dónde le pasó la pelota —reflexionó el Rober—. Quizás nadie, excepto mi viejo, haya visto la pequeña revancha de Bonciotti. No había entonces cámaras que captaran la jugada desde quince ángulos distintos, ni periodistas que le dieran cien vueltas a la patada y al caño, ni programas de televisión donde crear una falsa polémica para llenar minutos toda la semana: “¿Hizo bien Bonciotti en tirar el caño? ¿O canchereó en exceso y se merecía otra patada? ¿Héroe o demonio?”. Yo estoy seguro de que a Bonciotti solo le alcanzó ese pequeño gesto para recuperar la fe en sí mismo, para asegurarse de que no se iba a dejar amedrentar, para confirmar que no había nada ni nadie que se interpusiera entre él y su pelota y su fantasía de gol. El resto le importaba un pimiento: le daba igual si lo tildaban de pecho frío, por no entrar en la pelea; o de agrandado, por



dejar en evidencia la torpeza de sus rivales. Él tenía claro que estaba ahí para jugar al fútbol; y jugar al fútbol es intentar meter goles, así de simple. Todo lo demás son boludeces, relleno para la gilada. Bonciotti, con un gesto sencillo, no solo dio una lección de fútbol, sino que marcó una línea de conducta, una verdadera declaración moral, ética. Una cátedra involuntaria que, quizás, solo encontró como alumno a mi viejo.

Cacho se había quedado escuchando absorto. Intentaba procesar lo que había oído, pero los sonidos de la televisión volvían a reclamar su atención. Giró la cabeza hacia la caja boba, mientras preguntaba como distraído al Rober:

–¿Pero entonces ascendieron o ganaron algo?

–Yo qué sé... –resopló el Rober– Ustedes sí que no van a ganar nada –añadió un poco después, acompañando a las imágenes de la pantalla chica donde el delantero expulsado aparecía rodeado de micrófonos para denunciar un complot arbitral en su contra, seguidas por las declaraciones del defensor rival que hablaba de los “códigos del fútbol” como si fueran una especie de receta de cocina con huevos, un poco de picante, mala leche y un ingrediente secreto del que no se puede hablar en público.



## ***Trucos de la mente***

–Truco –dijo el Negro con desgano.

–Quiero retruco –replicó Cacho, sin ocultar algo de entusiasmo.

Mandrake no habría sabido decir si el entusiasmo de Cacho era real o fingido, pero la decisión no era suya: el Negro era pie, así que el Negro tenía la última palabra.

–Quiero vale-cuatro –fue la respuesta del Negro, dicha casi mecánicamente, sin despegar la vista de su última carta.

Julito no pudo esperar y se estampó el Ancho de Espadas en la frente, ante las risas de sus compañeros de juego (Cacho y el Gallego), que festejaban el triunfo como un gol de la Selección.

–¿Querés dejar de hacer eso? –recriminó ofendido el Rober al Negro– Si no querés jugar, decílo y no jugamos más. Pero si vamos a jugar, jugamos bien y nos dejamos de regalar puntos al pedo.

Mandrake agarró la baraja y se puso a mezclar, mientras el Gallego se disculpaba un momento y volvía a su lugar tras la barra para atender a tres parroquianos empapados que acababan de entrar al

café-bar en busca de cobijo. Afuera caía una lluvia torrencial.

–¿Cómo podemos saber si esto no es un sueño o una alucinación? –preguntó de golpe el Negro, como si la pregunta hubiera estado rebotando en la cabeza hasta que encontró un hueco de salida por la boca.

–Diez de las buenas a catorce de las malas, Negro –resopló el Rober, al que no le gustaba perder en las cartas (ni en el fútbol, ni en nada donde hubiera puntos de por medio)–. Esto es una pesadilla.

–No, en serio, boludo –suplicó el Negro–, ¿y si en realidad me estoy imaginando todo? ¿Si no hay bar, ni mesa, ni truco, ni nadie? ¿Y si soy una mente incorpórea flotando en un vacío eterno?

–Entonces nos faltaría uno para jugar –contestó Mandrake, un tanto indiferente, sacándose un moco con el anular y despegándolo del dedo con el canto del cuatro de copas.

–No, che, es interesante lo que plantea –intervino Cacho, con el mismo entusiasmo que mostrara cuando cantó “retruco”.

–Da igual –se encogió de hombros Julito–. Sea que se lo esté imaginando o que sea real, ¿qué diferencia hay? Lo importante es que él está acá, con la mente o de carne y hueso, pero está acá. Y nosotros vamos ganando...

–No, no está acá –contrapuso el Rober–. Está en las nubes, el pelotudo. Si estuviera acá no andaría regalando las manos.

–La vida es sueño... –suspiró el Negro, ajeno a las acusaciones del Rober.

–... y los sueños, sueños son –completó el Gallego, que volvía a incorporarse al grupo después de

despachar a los clientes—. ¿Qué le pasa a Calderón? ¿Quién reparte? –preguntó a continuación, de atropellada, como si no esperara respuestas.

–Una duda metafísica –dijo Cacho.

–Mandrake –dijo Julito.

–¿Qué? –dijo Mandrake.

–Que repartís vos, boludo –intevino el Rober.

–Metafísica, ontológica, incluso epistemológica –proseguía por su lado Cacho.

–¿Qué? –reiteró Mandrake, mientras ofrecía el mazo a Cacho para que cortara.

–Filosófica –le explicó Julito, como traduciendo.

–Por aquí suele venir un filósofo –recordó el Gallego, mientras recibía la primera carta.

–Es estudiante de Filosofía, que no es lo mismo –corrigió el Rober, mirando atento el naipe que le había arrojado Mandrake.

–¿Y qué tiene que ver con lo que plantea el Negro? –se desesperaba Cacho, queriendo recuperar el hilo.

–¿Y qué es lo que plantea? –quiso saber el Gallego, mientras estudiaba la segunda carta con las espesas cejas ocultándole los ojos preocupados.

–Que por ahí estoy dormido. Capaz que ahora me despierto y estoy en mi cama, junto a la Colorada... –fantaseó el Negro, jugueteando indiferente con las cartas en la mesa, sin mirarlas, cambiando una por otra con la yema de los dedos.

–Ah, así que es eso: la Colorada –dijo el Rober, con algo de reproche, mientras acomodaba las cartas en la mano en un orden propio que solo él entendía.

–Dejalo en paz –se solidarizó Cacho.

–No, si la que lo dejó en paz fue la Colorada –bromeó risueño Julito, por lo visto satisfecho con su mano.

–Eh, eh, un respeto al hombre. Voy para allá –volvió a soltar el Gallego de atropellada, tirando un cuatro de bastos.

–Eso es soñar –replicó el Rober–. Ahora estás soñando despierto con la Colorada. Dejate de joder y jugá, Negro. Vamos a Mandrake.

–Me pareció que le vi un ancho –adivinó Julito, señalando con el mentón al Rober–. Olvidate de la Colorada, Negro. Es la única forma de que vuelva: siempre que la estás olvidando, reaparece –aconsejó después.

–Entonces, más que sueño, es una pesadilla recurrente –interpretó Cacho, al tiempo que el Negro soltaba un cinco de espadas con desgano–. ¿Alguien tiene envidia? –cantó al instante.

–¿Cómo van? –sondeó Mandrake antes de dar respuesta.

–Yo nada –resopló el Rober.

–Yo quiero despertarme ahora –suspiró el Negro, nuevamente.

–¿Pero querés o no querés? –se desesperó Cacho, a quien el envidia parecía quemarle las manos.

–¡Nada, ya está, ya lo dijo! –repuso enseguida Julito, reglamentarista.

–¡¡¡Negro, la reconcha de tu madre!!! –se impacientó el Rober.

–Más vale que tengas algo, Negro, porque yo estoy muerto –bufó Mandrake, rascándose el oído con el meñique y limpiándose la cera con el pantalón.

–Nada –empezó la ronda el Gallego.

–Paso –ladró el Rober.

–Mesa –cantó Julito.

–Treinta y dos –cifró mecánicamente el Negro, sin mirar las cartas.

–Son buenas –se resignó Cacho, que tiró a la mesa un tres de oros.

–¡Bien, Negrito! –festejó Mandrake.

–¿Pero vos sos pelotudo? –acusó, en cambio, el Rober– ¡Tenés treinta y dos, gil! ¿Ahora que tenés que doblar la apuesta te quedás con esto, nada más? ¿A vos quién te enseñó a jugar?

–Yo tengo treinta y cinco. Treinta y dos tiene ella, es tres años más joven que yo –prosiguió el Negro, enlazando alguna reflexión no dicha con pensamientos en voz alta.

–¿Pero entonces qué cantaste: el envido o la edad de la Colorada? –dudó Cacho.

–Ah, cantó, ya está –insistió Julito, con el reglamento en la mano–. Si no tiene treinta y dos al final de la mano, puntos para nosotros.

–Va de ellos –dejó caer Mandrake, depositando un seis de copas sobre la mesa. Después miró al Negro con extrañeza y le espetó: –¿Entonces cuál es la duda, Negro?

–¿Cómo puedo saber que esto es real, que no es mi imaginación o la imaginación de otro? –se atribulaba el Negro.

–*Cogito ergo sum* –propuso el Gallego–. ¿Lo hacemos saltar? –consultó al toque con Cacho.

–¿Acaso los sueños son menos reales que la “realidad”? –teorizó Cacho, quien al hacer el gesto de las comillas con las manos cerca de las orejas casi

deja ver sus cartas— Voy a la tuya —le señaló después al Gallego, jugando una vieja.

—Y si fueran la misma cosa, ¿para qué distinguirlos? —se atrevió el Rober a intervenir en el debate por primera vez, con algo de timidez e intentando mantener su actitud de enfado.

—Es que son la misma cosa —avanzó Julito, mientras miraba expectante la reacción de los rivales ante el tres de copas que dejaba el Gallego sobre la tabla.

—Matá, matá —ordenó presuroso Mandrake al Rober—. Che, pero... ¿los sueños no son creación de la mente, mientras que la realidad... bueno, está *ahí*? —preguntó inocente.

—Al fin y al cabo, la realidad es lo que nuestra mente formula en base a lo que está *ahí* —repuso el Gallego, fenoménico, con una sonrisa alegre al ver que el uno de bastos caía a la mesa con un gesto resignado del Rober.

—Uno no tiene control de la realidad, pero de la mente... —balbuceó el Rober, algo triste por tener que malgastar el Ancho tan pronto.

—Dejo pasar —bromeó Julito, que añadió:— ¿Vos te creés que controlamos nuestros sueños? ¿En cuántos sueños, en cuántas pesadillas, pudiste realmente decidir qué iba a pasar?

—Alguna vez soñé que me quería despertar, y lo conseguía —relató el Negro, con un poco de suspenso, desprendiéndose de la sota de copas—. Pero en realidad solo me despertaba en el sueño, como un sueño dentro de otro sueño...

—¡Guau! —celebró Cacho— Yo creo que eso me pasó una vez, de chiquito. Vas vos, Rober.



–Debe de ser horrible –escupió el Rober, arrojando otra vieja y cruzándose de brazos–. Debe de ser parecido a estar en un laberinto de espejos y cristales, en los que parece que estás por llegar a la salida y ¡pum! te das de frente con una pared invisible.

–¡Cantá, cantá! –vociferó de pronto Cacho a Julito.

–¡Truco! –obedeció Julito– Peor que un laberinto. Porque en el laberinto te das cuenta de que no llegaste a la salida, pero en el sueño vos pensás que te liberaste y seguís encerrado.

–Bueno, hay laberintos engañosos en los que parece que uno llega a la salida y entonces... –intervino el Gallego, que se vio interrumpido por la voz serena del Negro.

–Quiero retruco –recitó como un robot.

–¿Otra vez, pelotudo? –se desesperó el Rober.

–¿Y? ¿Qué hago? –preguntaba ansioso Julito a Cacho.

–¡Quiero vale-cuatro! –se envalentonó Cacho, confiando mucho en sus cartas– Vas a soñar con esta mano, Negro.

–Si no la estoy soñando ahora mismo –respondió el Negro, mientras dejaba el siete de espadas en la mesa, y sus treinta y dos del envido a la vista de todo el mundo.

–¡Qué cabrón, el *joío*! –se rió el Gallego, sorprendido por la jugada.

–Me mató –se lamentó Cacho, dejando caer el siete de oros derrotado.

–¡¡¡Bien, Negrito!!! –el Rober cambió de humor repentinamente.

Un bocinazo lo arrancó de la mesa donde estaba recostado, junto a la ventana, solo. Afuera no llovía, pero los charcos de la vereda y el vaho que trepaba en forma de calor húmedo le decían que había diluviado no hacía tanto. El Gallego se acercó con una taza de café y le dio unas palmaditas en el hombro:

–Toma, Negro, que te has *quedao* dormido.

El Negro se enderezó y estudió la mesa delante suyo: había un mazo de cartas y una servilleta garabateada donde se leía “nosotros” y “ellos”, y donde “nosotros” ganaba por quince a diez de las buenas.

–Manolo –llamó el Negro al dueño del café-bar. Cuando el Gallego estuvo a su lado no se animó a preguntarle por el partido de truco. Le hubiera gustado saber si había sido real o lo había soñado, si él era de “nosotros” o de “ellos”, si su buena mano había servido para algo. Pero a último momento se arrepintió– ¿Qué te debo?

–Nada, hombre, este lo invita la casa –le contestó el Gallego con una sonrisa y volvió a su lugar detrás de la barra a seguir leyendo el diario.

El Negro bebió un sorbito del café, casi todo espuma, y miró esperanzado por la ventana hacia esa esquina por donde solía aparecer la Colorada.

*Manolo le trajo el café y las medialunas. Martín entrecerró el cuaderno con celo para guardarlo de la vista extraña. Esperó a que todo estuviera en la mesa, dio las gracias y comenzó con la liturgia de añadir azúcar al café. Manolo se marchó y entonces Martín volvió a abrir el cuaderno. Y así estuvo hasta que se fue, escribiendo, sorbiendo de la taza, degustando despacio cada medialuna y ojeando el mundo a su alrededor.*

*Unos cuarenta y cinco minutos después (o una hora, como máximo), el uruguayo cerró las tapas amarillas, guardó el cuaderno y la birome en el pequeño bolso que traía con él, pidió la cuenta, pagó y se fue, tan despacio y cabizbajo como había entrado.*



## ***Adolesciendo***

A veces, solo a veces, Cacho se preguntaba qué hacía Mandrake en esa mesa. Por qué un tipo primitivo y casi escatológico se había colado entre esos filósofos de barrio que eran los muchachos de la barra. Y entonces, cuando surgía la duda, Mandrake se manifestaba en otra dimensión para despejar cualquier incertidumbre.

Eso mismo ocurrió aquel día, uno cualquiera, en el que Cacho estaba a punto de perder la paciencia:

–No entiendo a la gente, de verdad que no la entiendo –decía Cacho, entre indignado y deprimido.

–No te calentés, Cachito –lo consolaba el Negro–. El noventa por ciento de las personas son pelotudos, es un hecho de la vida con el que hay que aprender a vivir.

–Bueno, quizás estás exagerando un poco –matizó Julito, que ese día estaba optimista–. Pongamos que entre un sesenta y un setenta por ciento, o dos tercios.

–Empezando por todos los giles que critican a Messi –acotó el Rober, distraído con los goles del rosarino en la televisión del bar.

–Yo no entiendo cómo se puede ir por la vida cagándote olímpicamente en los demás, haciendo lo que se te da la gana, cuando se te da la gana, sin ningún respeto... –seguía refunfuñando Cacho, como si los otros no hubiesen dicho nada– No te digo que andes tratando a todos de *usted*, ni hablo de ese respeto rancio de las viejas cogotudas, de la cosa aristocrática o clasista. Me refiero a lo básico, a que si le decís un “permiso” bien dicho, con amabilidad, con educación, a alguien que está parado en el medio del paso, que se mueva. Ni siquiera te digo que se disculpe por ser tan forro de estar jodiendo ahí en el *diome*.... Pero que se mueva un poco, ¿viste?

–Hacé como Messi: aprendé a gambetear a todos los troncos que se interponen en tu camino –bromeó el Rober, fascinado con un globito imposible del delantero.

–Pará un cacho, Cacho, pero ¿por qué no volver un poco a las viejas costumbres? –propuso Julito, serio– Quizás parezca rancio o lo que quieras, pero al final el *permiso*, *por favor* y *gracias* funcionaba.

–Tampoco te vayás al carajo, Julito –contradijo el Negro–. Una cosa es el respeto y otra la formalidad sin sentido...

–A nadie le importa nada... –siguió desvariando Cacho, cortando al Negro– Los vecinos te ponen la música a todo volumen y a cualquier hora, y les chupa un huevo si los demás tenemos que madrugar al día siguiente... ¡Y ojo con ir a decirles algo! Todavía te tratan de nazi o de hijo de puta, si no te dan directamente una paliza.

–Pecho frío, dicen los ignorantes... –soltó el Rober, en otra cosa– ¿Cómo van a decir que Messi es un pecho frío? Riquelme, puede, quizá, vaya y pase. ¿Pero Messi? Hay que ser ignorante.

–Eso digo yo –se apoyó Julito–. Acá hay un problema de educación, algo que se tiene que mamar desde la cuna, en la escuela... Cuando te hacían formar fila en el patio, saludar al profesor en el aula y tratar de usted a la directora, se generaba una atmósfera de respeto que ya se perdió. Ahora los profesores son como una niñera adolescente a cargo de una banda de delincuentes juveniles.

–Así vota la gente como vota –soltó el Negro, como si lo suyo fuera un corolario de lo que decía Julito–. La gente es ignorante y no piensa en términos de comunidad, sino de manera individualista, en lo que me dan a mí y ahora, sin pensar en los demás ni en el futuro. Y eso es por ignorancia, sí señor.

–No sé –dudó Cacho, abatido, meneando la cabeza después de haber escuchado a sus amigos–. Yo nací en la misma ciudad y fui a las mismas escuelas que la mayoría de la gente. Y yo no soy así. ¿Por qué todo el resto sí?

En ese mismo momento entró Mandrake, aplaudiendo ruidosamente y gritando “¡A ver esas palmas!”. Cacho sintió que aquello iba a ser la gota que colmaría el vaso.

–¿Qué aceituna la gilada? –espetó Mandrake, robándose un puñado de papafritas, del que llegó a su boca apenas la mitad; el resto se esparció sobre los pantalones del Rober y la cabeza de Cacho.

–Acá andamio, intentando averiguar por qué la gente es tan pelotuda –describió el Negro brevemente.

–Yo creo que es porque se perdieron las viejas buenas costumbres –se apresuró a exponer Julito, como si ser el primero en argumentar le garantizara el apoyo inmediato de Mandrake.

–Hasta que no aprendamos a valorar a un futbolista como Messi, no tenemos futuro –sintetizó el Rober.

–Eso, Mandrake, desde tu experiencia personal, ¿por qué la gente es tan pelotuda? –preguntó Cacho con segundas intenciones, como si solo le hubiese faltado añadir al final de la frase “pelotuda como vos”.

Pero Mandrake se quedó unos segundos de pie, con la mirada perdida en la pared de enfrente, meditando sesudamente la cuestión, y después habló:

–Mirá, Cacho, la gente no es pelotuda por el gusto de ser pelotuda –empezó, muy serio, escuপিando restos de papafritas con cada P de *pelotuda* que pronunciaba–. Habrá quien es un boludo alegre, contento con su boludez, no te lo discuto; pero la mayoría de la gente no se da cuenta de que es pelotuda.

Mandrake hizo una pausa. Miró al Gallego en la barra y le pidió otra birra y un vaso más. Buscó una silla y la arrimó a donde estaba Cacho, quien lo miraba fijamente, esperando la guarangada o el comentario soez, inconexo y fuera de lugar típico de Mandrake, y así tener excusa para saltarle al cuello con ambas manos.

–La gente no sabe que es boluda porque no se lo enseñan –quiso acompañar Julito, reforzando su argumento.



–La culpa es de los medios, de la televisión y la mierda esa de internet, que te aísla en tu casa y rompe los lazos de comunidad –teorizó apocalíptico el Negro.

–Puede –sopesó Mandrake, introducido por un leve eructo–, pero sea como sea, nuestra época ya no produce adultos responsables, sino eternos adolescentes –soltó luego, con un vocabulario tan impropio de sí que Cacho no pudo evitar que se le abrieran los ojos como el dos de oro.

–¿Cómo es eso? –sintió curiosidad el Rober, una vez que en la televisión habían concluido el resumen de los mejores goles de Messi en el Barcelona y habían pasado a la noticia del corte de una calle.

–Todo el mundo anda haciéndose el pendejo por ahí –aclaró Mandrake, volviendo a su registro habitual–. *Vistes* como son los borregos, ¿no? Se creen los dueños del mundo, *inmoribles*, el centro de la *fiestonga*... Todo el tiempo yo: yo esto, yo lo otro, yo, yo, yo... Todo lo que hacen es como pa' llamar la atención, como pa' definirse y decir “yo estoy acá”... ¿Está bien dicho *definirse*? –le preguntó de repente a Julito, que seguía el razonamiento fascinado.

–Sí, definirse, definir su identidad –aprobó Julito.

–O sea –prosiguió Mandrake– que cuando sos un pendejo vas haciéndote el vivo, más si estás en una pandilla, con otros borregos como vos. Gritás, boludeás, te cagás en la autoridad, forzás los límites al mango... Te parece que los laburantes y los viejos son unos pelotudos, unos amargos, unos *lúser* de la

vida, gente digna de que les tomes el pelo porque no son libres y piolas y locos como vos. Pero eso sí: los pibes, los adolescentes, siempre fueron así. Siempre, en todas las épocas, no es algo nuevo. De hecho, es algo normal, es una fase de la vida por la que pasamos todos. ¿La cazás?

Cacho, con algo de desconfianza y sin abandonar cierto rencor, iba asintiendo a medida que Mandrake avanzaba en su descripción.

—Ok, pero si siempre fue igual... ¿por qué ahora todo el mundo es más pelotudo? —inquirió Cacho a Mandrake.

—Bueno, eso es lo que yo te decía: hacé de cuenta como que todo el mundo, desde los pibitos de diez años a los tipos de cincuenta, se comportara como borregos de dieciséis. Eso es lo que pasa ahora, en eso se convirtió nuestra sociedad: un ejército de adolescentes pelotudos —concluyó Mandrake.

El Negro, de pronto, lo vio claro:

—Ahí lo tenés, es verdad. Así vota la gente como vota... —se repitió, y después agregó:— Somos como adolescentes: votamos por boludeces, por estética, por el discurso más piola o encendido, sin conciencia del pasado y con la idea de que el presente no se termina nunca; pero no nos hacemos cargo de nuestras decisiones y dejamos que otros hagan lo que es el trabajo sucio; y si algo sale mal, puteamos, chillamos, le echamos la culpa a cualquiera menos a nosotros...

—Y si algo sale mal —acompañó Julito— llamamos a papá Estado para que nos arregle la historieta.

—Eso mismo —se envalentonó el Negro—. Al Estado no lo queremos ni ver. Es como los padres:

son todo prohibiciones y reglas. No chupes, volvé antes de las doce, ojo con quién te juntás, no te vistás así, no juegues tantas horas con la compu... Odiamos a nuestros viejos. Eso sí, al mínimo problema agarramos el teléfono (que nos compraron ellos) y soltamos un “papá, mamá, vengan a sacarme de la comisaría”...

–Prohibido prohibir... hasta que algo me molesta y pido que lo prohíban –se rió el Rober.

A Cacho le había hecho gracia la metáfora que tejieron entre sus amigos y empezó a esbozar una sonrisa. Pero entonces Mandrake se levantó ligeramente de la silla, se inclinó un poco de lado y soltó un pedo ruidoso.

–¿Y vos, Mandrake? –le preguntó un Cacho nuevamente enardecido– ¿En qué fase de la adolescencia estás?

–¿Yo? –dijo el otro, sin sentirse ofendido– Yo todavía no llegué. Yo soy absolutamente infantil, casi un bebé. Todavía no entiendo para qué estoy acá, no sé quién soy y voy actuando por impulsos, sin noción real de las consecuencias. Vivo en mi mundo particular, no me entero ni de la mitad de las cosas que pasan a mi alrededor y me paso jugando y experimentando. Soy feliz con cualquier boludez, como una caja de cartón o un puñado de papafritas –dijo, mientras agarraba un montón de papas– y todavía creo en Papá Noel, los Reyes Magos y el Hombre de la Bolsa –concluyó mostrando todos los dientes y los restos de comida que había sobre y entre ellos.

Cacho lo miró fijo, estudió esa sonrisa estúpida mientras Mandrake masticaba con la boca abierta y, ante tamaña muestra de sinceridad y conciencia

de sí, no pudo más que sentir cariño hacia aquel personaje, aquel amigo, aquel niño:

–Gracias, Mandrake; gracias por ser como sos  
–le dijo.

## ***¿Mandrake al bajo?***

El Negro había llegado hacía cinco minutos, con paso torpe y cansado, como un zombie, y fue a ocupar su silla de siempre. En la mesa solo estaba Cacho, que leía gustosamente el diario como todas las mañanas; al ver que el Negro se sentaba en silencio, y que después del saludo de rigor (un “... días” dicho entre dientes) no había vuelto a decir palabra, Cacho aprovechó para apurar las páginas de deportes. Pero justo cuando enfilaba hacia los chistes del final, el Negro abrió la boca:

–Anoche... recién... Tuve un sueño espantoso –soltó con un suspiro.

–¿Qué pasó? –Cacho trataba de parecer distraído, al menos el tiempo suficiente para llegar a su viñeta preferida.

–Soñé que estaba en una especie de concierto de rock berreta, en un local chiquito, como si fuera una vieja casa chorizo reformada para bar-restaurante-sala-de-conciertos –relató el Negro.

–Ahá...

–Tocaban Mandrake, al bajo, y una banda de melenudos. Supuestamente hacían *heavy metal* o

*epic metal* o algo así, yo ya me pierdo –continuó el Negro.

–Sí, yo también... –asintió Cacho por compromiso. Luego se quedó unos segundo pensativo, bajó el periódico, miró al Negro a los ojos y agregó:– ¿Mandrake al bajo? Ya veo por qué decís que tuviste una pesadilla...

–No, ese no es el problema –corrigió el Negro–. El caso es que yo venía como desde la cocina hacia la sala del concierto. Era una cocina vieja, como si fuera de una casa, más que de un restaurante. La cuestión es que abro la puerta corrediza que llevaba al salón cuando me la encuentro ahí de pie...

–¿A quién? –se intrigó Cacho, cada vez más interesado en la historia, desprendiéndose lentamente del diario.

–A la Colorada –se sonrojó el Negro.

–¿La Colorada? ¡Ah, bueno! ¿Y? ¿Qué pasó? –Cacho se entusiasmaba como si la historia fuera real.

–Nada. Al principio nos saludamos, sonrisitas y esas cosas. Pero en un momento, la banda tuvo problemas técnicos y suspendió el concierto.

–Y... Estando Mandrake por ahí, no me extraña –rió Cacho–. Bueno, che, el sueño va mejorando, entonces.

–Pará, pará –cortó el Negro–. Cuando los troncos estos cortan la música, Mandrake, la Colorada y yo nos vamos a la cocina a comer algo. Y cuando estamos juntando los platos, la Colorada va y se toma el agua que queda en mi vaso.

–Ahora entiendo: ¿es de esas pesadillas en las que tenés una sed mortal y no hay agua por ningún lado, y que cuando te despertás te das cuenta de que

tenés mucha sed de verdad y que por eso soñabas con el agua que no había? –conjeturó Cacho.

–Casi –suspiró otra vez el Negro, después de pensarlo un poco—. El tema es que yo la veo tomándose mi agua y voy a recriminarle, amistosamente, en broma, el robo que me acaba de hacer. Nos empezamos a reír y a forcejear por el vaso casi vacío; yo termino abrazándola con la derecha, por la cintura, y arrebatándole el vaso con la izquierda. Entonces me encamino a la heladera a buscar más agua...

–¡Y no había agua! –se anticipó Cacho.

–No lo sé. Cuando estaba ahí, en la puerta (una de esas puertas de las heladeras Siam del año del jopo), la Colorada se me arrima, me susurra algo al oído que no recuerdo y, cuando me quiero dar cuenta, tengo sus labios tan cerca de mí que no puedo evitar besarla. Un piquito tímido, nomás, casi con vergüenza, como si temiera que después de eso viniera un cachetazo... –el Negro lanzó un suspiro prolongado; Cacho esperaba el desenlace impaciente– Y entonces, Cachito, ella me devuelve el beso, con ternura, con una sonrisa tan alegre, y esa mirada... –el Negro se detuvo con los ojos cerrados, esforzándose por recordar los detalles, por saborearlos y retenerlos el máximo tiempo posible.

–¿Y? ¿Qué pasó? ¡Vamos, Negro! ¿Qué pasó? –se desesperó Cacho.

–Me desperté, Cachito. Me desperté –el Negro abrió los ojos y dirigió una mirada triste a su amigo.

–¿Y entonces, boludo? ¿Qué tiene de malo el sueño? Estabas vos, la Colorada, se besaron... –preguntó Cacho perplejo.

–Eso mismo, Cacho. Que era un sueño. Que no era verdad –se hundió el Negro.

Cacho intentó decir algo, buscar unas palabras de consuelo, pero apenas balbuceó tres incoherencias y dos onomatopeyas antes de quedarse boqueando como pez fuera del agua. El Negro enterró la vista en su café (oscuro, amargo) y lo hizo girar mil veces con la cucharita, como si quisiera marearlo. Cacho dobló el diario y lo tiró al mostrador del Gallego. Después de aquello, no le quedaba humor para las páginas de chistes.



*Desde aquel día, el Gallego lo vio regresar con bastante asiduidad. Dos o tres veces por semana, a distintas horas, Martín aparecía, se sentaba en la misma mesa y repetía idéntico ritual. Manolo, afable por naturaleza, empezó a darle charla. Lo primero fue hacerle notar que lo recordaba, que lo tenía registrado:*

*–Hola, joven. ¿Café con leche y tres medialunas de grasa? –le soltó un día, cuando Martín apenas se había sentado.*

*–S-sí, gracias –sonrió el uruguayo, entre sorprendido y halagado.*

*–¿Qué anda escribiendo? ¿Poesía, quizás? –le espetó Manolo al regresar con el pedido.*

*–Nada importante... cosas que se me ocurren... –eludió vergonzoso Martín.*

*–No sea modesto, muchacho. Quién le dice que algún día ese cuaderno no valga oro –lo animó el Gallego.*

*–Será por las tapas doradas, supongo –minimizó el uruguayo, dibujando en su boca una leve mueca ascendente.*

*–Bueno, no se desanime. Y acuérdesse de este bar cuando le den el premio Nobel –bromeó Manolo antes de volverse a la barra.*



## ***Grandes temas de la humanidad***

Mandrake salió del baño con el cierre del pantalón sin cerrar. Cuando llegó a la mesa donde Cacho leía el diario y Julito consultaba su *smartphone*, el Rober advirtió el olvido:

–Tenés la farmacia abierta –señaló.

–Está de turno –bromeó Mandrake mientras cerraba la bragueta. Enseguida se sentó y manoteó las medialunas de grasa que había pedido Julito junto a su café con leche; cortó un trozo y se lo comió.

–¿Te lavaste las manos, al menos? –se resignó Julito, con un poco de asco, antes de seguir con los *mails* del trabajo.

–¿En metáfora o en serio? –respondió Mandrake. Era una muletilla que repetía siempre a modo de chiste, rematada por “en metáfora, sí; en serio, no”, aunque ya no hacía gracia de tan oída.

–Mirá, mirá –reclamó Cacho la atención de todos:– “Mujer amputa el pene a violador en Hurlingham”. Ese no jode más –rió.

–Depende. Por ahí se la cosen como al John Bobo ese de Estados Unidos –recordó Mandrake.

–Bobbitt, no Bobo. John Bobbitt –corrigió Julito, aún con la vista en la pantalla táctil.

–Si a mí me la cortan, me la corto –soltó sin pensar el Rober, uniendo expresiones y frases hechas.

–Lo vas a tener complicado –lo cargó Cacho, atento al sinsentido.

–Che, hablando de grandes temas de la humanidad –se puso serio Mandrake–, ¿ustedes creen que el tamaño importa?

Cacho levantó los ojos del diario; Julito apartó el teléfono; el Rober se enderezó en la silla; los tres miraron fijo a Mandrake.

–¿Qué pasa? ¿Nunca se lo plantearon? –prosiguió Mandrake sin intimidarse, despegando trozos de medialuna de entre los dientes con el dedo índice de la mano izquierda.

–Depende... –titubeó Cacho– Depende de para quién, del contexto, de muchas cosas.

–Yo creo que sí –se la jugó el Rober–. No es lo mismo un estadio con capacidad para cien mil tipos que una canchita donde apenas entran mil.

–Pero en las dos se puede jugar un gran partido de fútbol –contrapuso Julito.

–No es lo mismo un club grande que un club chico –porfió el Rober.

–Los dos son clubes. Es como los países: en China son mil millones y en Andorra son cincuenta o sesenta mil –explicó Julito–. Y los dos son países y tienen un embajador en la ONU.

–No, sí, claro... –siguió dudando Cacho– Pero convengamos que no es lo mismo El Gigante Asiático que un Principado diminuto. Ahí puede que tenga

razón el Rober: el más grande es mejor, es una potencia mundial...

–Pero el nivel de vida promedio es mucho mejor en Andorra que en China –insistió Julito–, precisamente porque es más chiquitito.

–Pero China puede barrer del mapa al resto de la humanidad y Andorra... ¿dónde carajo queda Andorra? –se opuso el Rober.

–En los Pirineos, ahí entre Francia y... –empezó a explicar Julito, cuando Mandrake lo interrumpió.

–¡Eh, che! ¡No se vayan por las ramas, loco! ¿Me van a contestar la pregunta?

–Pero, a ver, ¿por qué te interesa saber eso? ¿Qué te pasó? –inquirió el Rober, suspicaz.

–Uh... Mandrake la tiene chiquita –se burló Cacho.

–Eso es porque come mucho maní –acompañó Julito–. Tenés que cambiarte a la longaniza.

–¡Qué manga de pelotudos! –se ofendió Mandrake, atragantándose con el resto de la medialuna de Julito– Yo no tengo ningún problema, y si quieren se los demuestro ahora –e hizo ademán de aflojarse el cinto; sus amigos gesticularon enseguida para evitar el *striptease* y Mandrake apartó las manos de la hebilla–. Capaz que el problema lo tienen ustedes, que eluden la cuestión.

–¿Pero a quién carajo le importa eso? –sonrió nervioso el Rober.

–A todo el mundo –le replicó Mandrake de inmediato–. El otro día vi una película de Finlandia o de por ahí, y también se hacían la misma pregunta. Es un tema universal.

–¿Y vos qué hacés mirando películas finlandesas? –se extrañó el Rober.

–Bueno, si es por eso en Finlandia también escuchan tango. Pero no por eso el tango es un tema universal de conversación –matizó Julito.

–Ok, vamos a ver, supongamos que sí –intervino Cacho–, que toda la humanidad se pregunta si el tamaño importa... ¿De verdad pensás que hay una respuesta? –desafió a Mandrake.

–Claro, eso es –aprobó el Rober–. Si todo el mundo, en todas partes y en todas las épocas se pregunta lo mismo y nunca llegamos a un acuerdo, a una respuesta única y verdadera, definitiva, es porque la cuestión no tiene solución.

–Es como la existencia de Dios –se entusiasmó Julito–: cada uno cree lo que quiere creer, y punto.

–¿Estás poniendo en un mismo plano el debate sobre la existencia de Dios que la cuestión del tamaño? –se horrorizó Cacho.

–Al menos en ese aspecto, tiene razón –se solidarizó con Julito el Rober–. Hay unas preguntas del mismo estilo, como por ejemplo si es mejor gol un zapatazo desde veinte mil metros o uno donde un jugador se gambetea a veinte rivales para entrar al arco con pelota y todo. O si es mejor el *catenaccio* o el *tiki-taka*. Son debates eternos, bucles infinitos que no se van a resolver jamás.

–Sí, o los OVNI del Uritorco también –se impacientó Mandrake–, pero yo no les pregunté por lo que piensa la humanidad, sino por lo que piensan ustedes.

Un silencio incómodo acompañó los segundos siguientes.

–Sí, yo creo que sí –tomó la iniciativa el Rober, que volvió a afirmarse en su idea original.

–No, para nada –contradijo Julito.

–Sigo creyendo que depende del contexto, de muchas cosas... –persistió Cacho en la duda.

–Ya está –suspiró Mandrake–. ¿Vieron que no era tan difícil?

–¿Y vos? –le tiró Cacho– ¿Vos qué pensás?

–¿Yo? Yo creo que... –y Mandrake eructó sonora y largamente. Después empezó a reír a carcajadas, festejándose la “broma” solo.

Los demás lo miraron con ligero desprecio por unos instantes y luego cada uno volvió a donde había estado: Cacho con el diario, Julito con el celular y el Rober distraído con la tele y la ventana.





## ***Cansancio***

Cacho entró al bar entusiasta, con una buena noticia atorada en el pecho, lista para ser expulsada, como un ataque de tos esperando a que alguien le diera una palmada en la espalda. Buscó con la mirada la mesa de siempre y encontró al Rober ojeando los chistes del diario.

–¿Qué hacé', Rober? –saludó, invitando con los ojos a que le preguntara por las buenas nuevas.

–Acá andamo', esperando al boludo de Mandrake –respondió el Rober, que vio la jugada y deliberadamente omitió el “¿Y vos?” de rigor, que hubiera disparado la verborrea de Cacho.

Cacho es un buen pibe, pensaba el Rober, pero a veces se vuelve un poco pesado. Especialmente cuando está contento: no para de hablar y de hacer planes, y algunos ya estamos lo suficientemente curtidos como para saber que son quimeras que van a acabar en la nada. Entonces aburre, solía pensar el Rober.

El recién llegado se acomodó en una silla e iba a empezar con su historia cuando vio al fondo, en un rincón sombrío, al Negro sentado solo, con la vista

perdida en la madera oscura de la mesa, en un pocillo de café vacío, en un sobre de azúcar sin usar.

—¿Y al Negro qué le pasa que no está acá? —preguntó curioso Cacho, con ganas de que la respuesta fuera positiva para que no empañase su felicidad (algo así como que el Negro esperaba a una mujer). Pero no.

—Dejalo, está cansado —explicó el Rober.

—¿Cansado? ¿De qué? —se sorprendió Cacho, que tardó un poco en reaccionar: —¿Y no puede estar cansado acá, con nosotros? Le voy a decir que venga así les cuento a los dos de una vez que...

—No, dejalo. Tiene que estar solo —cortó el Rober, agarrando del brazo a Cacho que estaba a punto de salir disparado hacia el Negro—. No es un cansancio muscular. O sí. En el fondo, el cansancio es la respuesta física a la frustración —filosofó el Rober.

—O sea... —se tildó Cacho— O sea que el Negro... está cansado... porque está... frustrado...

—Exacto.

—No entiendo.

—A ver, cómo te lo explico —empezó a maquinar el Rober—. Suponete que vos estás jugando una final, en el Mundial, en la Libertadores o en la copa de leche de tu barrio. Da igual: la cosa es que es una final, viste, y la querés ganar como sea. Pero faltando quince minutos para que acabe el partido, tu equipo pierde dos a cero. Vos y los tuyos lo siguen intentando, porque no queda otra. Y de repente te cae una pelota al borde del área, le pegás un zapatazo con alma y vida, y golazo. Se ponen dos a uno, con quince minutos (y el alargue) por delante. ¿Qué pasa entonces?

–No sé, ¿qué pasa? –Cacho seguía absorto la metáfora del Rober.

–¡Te venís arriba! Sin saber cómo, te nacen las fuerzas de no sabés dónde. Corrés más, vas, venís, subís, bajás, atacás, defendés, trabás, ponés, barrés, cubrís, empujás... Hacés todo como si acabaras de salir a la cancha. Estás como nuevo, o mejor que nuevo, porque ves el empate ahí nomás después de haber tocado la derrota con la punta de los dedos. Y eso es todo lo que necesitás. ¿Me vas siguiendo? –hizo una pausa el Rober.

–Sí, bueno, hasta ahí sí lo entiendo. De hecho hoy... –intentó Cacho, que quería vincular el optimismo del hipotético jugador de fútbol con la buena noticia que traía para contarles a sus amigos.

–Bien, bien, dejame que termine –interrumpió el Rober—. Ahora imaginate la misma situación, pero con un detalle diferente, un importante detalle: faltan quince minutos otra vez; vas perdiendo dos a cero; te vas al borde del área, agarrás un rebote, le pegás al arco... Y da en el palo. La pelota se estrella contra el travesaño, la agarra un rival, la revolea para el delantero de ellos, que la baja y habilita a un compañero: contrataque mortal, tres para dos, la mueven de un lado al otro, quedan mano a mano con tu arquero y ipum! te meten el tres a cero. Bajón total. Te quedan por delante unos quince minutos (y el alargue) que se te hacen eternos. Te pesan las piernas, no llegás a ninguna pelota, fallás todos los controles, se te escapa por el lateral... Hasta te parece que ellos son más, y más altos y más fuertes –remató el Rober.

–Ya veo: si estás motivado, estás con energía; si estás frustrado, te agarra el cansancio –interpretó

Cacho correctamente—. ¿Y al Negro, entonces, qué le pasa?

—La vida, Cachito, la vida. Cada día es una final, cada día tenés que remontar el resultado y, de vez en cuando, te toca ese partido en el que te matan a la contra. Y ya está, no importa qué ni cómo, pero pasa —dijo el Rober, que eludió una respuesta más concreta.

—Tá bien, pero algo habrá, digo yo. No es normal verlo así —insistió Cacho.

—Qué sé yo... —balbuceó el Rober, como dudando, sin atreverse a contar lo que sabía. Pero al final se animó: —¿Sabés qué le pasa? Se le dio por comparar. Se puso a mirar dónde estaban viejos conocidos de él, los amiguitos de la primaria, las ex novias, el boludo de Randazzi... Se comparó con nosotros, incluso. Empezó a ver que a todos les iba mejor que a él: el que no tiene un trabajo mejor, al menos gana más guita; el que no, está felizmente casado; el que está divorciado, tiene unos hijos fabulosos; el que es soltero, se la pasa de farra sin complejos; y el que no, tiene una noviecita que es un encanto; y así siguiendo. Fue como si todos juntos, al mismo tiempo, le metiéramos el tercero. De golpe estaba hablando conmigo y se vino abajo, abatido, como si hubiera tomado conciencia de que no hay tiempo para remontar el partido, como si la cosa no tuviera arreglo. Como si su vida entera estuviera condenada al fracaso. Así que se disculpó, se fue al rincón y ya no se atrevió a mirar a nadie. Como los subcampeones, que preferirían estar en la ducha en vez de estar viendo cómo los otros levantan la copa, ¿me entendés?

—Perfectamente... —dijo Cacho, boquiabierto, mirando de reojo al Negro con lástima, mientras por dentro lo empezaba a carcomer un extraño sentimiento de culpa; la descripción del Rober, de golpe, le parecía una especie de reproche a su obscena demostración de felicidad.

En esas entró Mandrake, corriendo, sudoroso, disculpándose por la demora en un idioma ininteligible, saludando con un eructo prolongado mientras le devolvía un libro al Rober que, antes de pasar por sus manos, había estado correctamente encuadernado.

—¿Qué les pasa, maricones? —preguntó, al ver a los amigos con el semblante serio.

—Nada, nada —se apresuró a responder el Rober, hablando por los dos—. Acá el amigo Cacho tiene algo bueno para contarnos, ¿no? —dijo pie el Rober, amparado ahora por la complicidad de Mandrake y con la necesidad de cambiar de tema.

Pero Cacho, cabizbajo, declinó la oferta:

—No es nada importante. Otro día se los cuento. Ahora me voy a dormir un poco, que estoy algo cansado.



*Aquella conversación fue clave en su relación. Al siguiente día que volvió por ahí, Martín entró con menos timidez, algo más suelto, y se animó a saludar desde la distancia. El Gallego, por su lado, se atrevió a servir el pedido sin consultar, y cayó a la mesa con la bandeja en la mano.*

*–¿Y, cómo va esa escritura? –se interesó el Gallego.*

*–Bien, bien, gracias... Manolo, ¿no? –preguntó Martín.*

*–Sí, señor. Aunque la mayoría me llama “el Gallego”. Les da igual que yo sea de León –se lamentó Manolo.*

*–Yo soy Martín –se presentó– aunque a mí todos me llaman “el Yorugua”.*

*–Uruguayo, entonces –se rió Manolo–. Me pregunto dónde estarán todos los porteños.*

*–Ya no quedan porteños –soltó Martín, entre el humor y la solemnidad.*

*Alguien llamó a Manolo y se tuvo que ir a atender el negocio. Fue una tarde ajetreada, así que no pudo seguir charlando con el Yorugua.*





## ***Divorcio para todos***

Sobre la mesa, el diario abierto en una página donde se anunciaba que en algún país del mundo se había aprobado una ley que permitía el matrimonio entre personas del mismo sexo.

–Al final, lo único que importa es que al terminar el día te vayas a tu casa con la persona a la que querés, independientemente de su raza, sexo o religión –recitó el Negro.

–O de la edad –añadió Julito, que acababa de llegar y se estaba sentando en una silla con la vista centrada en su *smartphone*.

–Bueno, no nos pasemos, me parece que eso ya es de pedófilos –objetó Cacho.

–Eh, a mí no me metan en esto –se defendió preventivamente Mandrake, mientras soltaba un pedo sonoro a modo de advertencia.

–Todo tiene límites, no exageremos –replicó el Negro a Julito.

–¿Ah, sí? ¿Y por dónde pasan esos límites? –desafió Julito, todavía distraído con su celular.

–Julito, me estás dando miedo... O asco... –se horrorizó Cacho.

–Hay gente a la que le dan asco los homosexuales... –contestó Julito, dejando la frase en suspenso unos segundos para toquetear con el índice la pantalla del teléfono móvil; después siguió:– ... pero el Negro dice que está bien que se casen igual, porque se quieren.

–Pero yo estoy hablando de ciudadanos adultos, en pleno uso de sus facultades mentales, conscientes de sus actos y decisiones, unidos por voluntad propia –siguió recitando el Negro.

–Ah, como los polígamos –volvió a retar Julito, con el ceño fruncido ante algo que veía (o no veía) en su telefonito.

–¿Y eso qué tiene que ver? –se bloqueó Cacho.

–¿Por qué hay que querer solamente a una persona? ¿Y si me quiero casar con dos, tres o cuatro personas adultas, con su acuerdo y consentimiento? –el gesto contrariado de Julito se correspondía más a lo que estaba mirando que a lo que estaba diciendo con seguridad y firmeza.

–Eso es imposible –intervino el Rober, que hasta ese momento había permanecido como un espectador neutral, ojeando el diario en busca de algún detalle esclarecedor–. Solo hay un club de tus amores, solo hay una camiseta que llevás pegada a la piel, solo hay unos colores que te hacen latir el corazón cada vez que los ves. Te puede caer simpático un equipito chico, o podés seguirle la campaña a un *drintín* europeo de esos que juegan bien; pero al final del día soñás con tu cuadro y con el campeonato local.

–Eso –ratificó el Negro, mientras se le atravesaba en la mente la melena de la Colorada.

–Pero a mí no me gusta el fútbol. Yo soy más de tenis –contrarrestó Julito, quien parecía tener problemas para configurar su aparato.

–Bueno, pero si de lo que se trata es de lo que hacés al final del día, como dijo el Negro... –Mandrake empezó a razonar en voz alta– ... ahora mismo, en los hechos, nada te impide que te vayas a tu casa con una piba de dieciséis años, con otro morocho, con un harén o con una budista-hindú-yo-qué-sé. Digo, no hace falta casarse para estar con la persona o personas a las que querés.

–No, claro, pero el casamiento te da una serie de derechos... –comenzó a explicar el Negro.

–¡Y obligaciones! –interrumpió Julito con una sonrisa; aparentemente, el celular volvía a funcionar bien.

–Y obligaciones, por supuesto –accedió el Negro, algo enfadado por la intromisión.

–Yo solo lo recuerdo, por si acaso –señaló Julito, mientras sus yemas se revolvían frenéticamente sobre la pantallita–. Hay gente que se casa por la fiesta, otra por las ayudas sociales, algunas por los trámites migratorios... Es decir, se casan para recibir algo, pero se olvidan de las obligaciones.

–Y bueno, eso es un problema de cada uno, ¿qué tiene que ver con lo que estamos hablando? –cuestionó Cacho.

–¿Sabés a quién beneficia realmente del casamiento para todos? –lanzó Julito, dejando por fin el *smartphone* sobre la mesa y mirando a los ojos de cada uno de sus compañeros.

–Y, qué sé yo... ¿A todos? –dudó Cacho.

–No –sonrió Julito.

–A las que se casen conmigo –bromeó Mandrake.

–A la sociedad –declaró solemne el Negro.

–Estas cosas le hacen mal al fútbol –murmuró el Rober.

–No, no y no –se alegró Julito–. A los únicos a los que beneficia es a los abogados como yo.

–¿Y cómo es eso? –se interesó Cacho.

–La mayoría de los matrimonios fracasa. A medida que la sociedad observa este fracaso como algo lógico y normal, no solo tolerado, sino incluso naturalizado, la cantidad de divorcios aumenta. ¿Y a que no sabés quién tramita los divorcios? –rió Julito, frotándose las manos.

–Sos un sorete, Julito. A vos lo único que te importa es llevarte la guita en carretilla –le espetó serio el Negro, quien enseguida conmutó el semblante duro por una carjacada amable y sugirió:– ¿Te querés casar conmigo?

## ***La paradoja del fumador***

Era lunes por la mañana. En el bar había muy poca gente. En la mesa de siempre, Cacho y Mandrake hablaban pavadas sobre el tiempo (“parece que mañana deja de llover”), los resultados futbolísticos de ayer (“el Rojo siempre tan amargo”) o sobre alguna mina que pasaba por la vereda de enfrente (“esa está vetada, creo que es la *nami* del doctor Zurutuza”).

En un momento se hizo el silencio, un silencio cómodo, de esos que se producen cuando hay confianza y la gente que comparte un espacio no siente la obligación de decir algo para llenar el tiempo. Por el contrario, cada uno se sintió libre de distraerse solitariamente con la espuma del café u hojeando el diario.

Pasaron unos minutos así, y de repente habló Mandrake:

–¿Sabés qué? No te podés fiar de la gente que fuma –concluyó un razonamiento que había estado rondando en su cabeza, con un tono erudito impropio de él.

–¿Cómo es eso? –le dio cuerda Cacho, que estaba un poco aburrido.

–Y sí, viste. E'así. Un chabón que fuma no puede ser de confianza. Tiene la traición metida en el cuerpo –respondió Mandrake, y después sorbió ruidosamente su café con leche.

–No te entiendo. ¿Qué tiene que ver la traición con el cigarrillo? –cuestionó Cacho.

–Mirá, Cachito, es simple –empezó Mandrake su adoctrinamiento. Se detuvo unos segundos a rasarse el oído con el dedo meñique, al que examinó luego con detenimiento. Limpió la cera amarillenta en una servilleta de papel y después prosiguió: –¿Cuándo empieza a fumar la gente? No te digo uno en particular, que puede ser un caso raro, sino todos en general, ¿eh? En la adolescencia. ¡En la adolescencia! Cuando sos un borrego pelotudo que te querés hacer el piola, ¿m'entendés?

–Sí pero... –invitó Cacho a que Mandrake continuara, haciendo el gesto cíclico con la mano derecha.

–Vamo'a ver, Cachito: cuando sos un paspado de catorce o quince años, empezás a fumar para parecer más grande, o más avisgado, o más canchero. La otra es que empecés porque los otros de tu grupo fuman y te sentís un tarado o un maricón si no los acompañás. En cualquiera de los dos casos, ya estás demostrando de qué madera estás hecho –explicó Mandrake, que interrumpió la disertación distraído con un culo que pasó por la ventana y al que siguió con toda la cabeza como si fuera una cámara de vigilancia. Cuando el culo desapareció de la vista, Mandrake se quedó paralizado, como hipnotizado. Cacho lo trajo de nuevo a la mesa.

–Bueno, Mandrake, pero son pibes. Todavía no tienen noción de lo que hacen.

–Yo no te digo eso. Yo te digo que ahí muestran la hilacha, ahí ya anticipan qué clase de personas van a ser. El que quiere parecer mayor, en el fondo, está mintiendo: no deja de ser un pendejo pelotudo con un pucho en la boca. Al fumar, se está haciendo pasar por algo que no es, por un pibe de más edad, un tipo más maduro. Y, como todos sabemos, la mentira es la base de la traición.

–¿Y el otro? ¿El que fuma por “presión social”? –y Cacho indicó las comillas moviendo a ambos lados de su cabeza los dedos índice y mayor de las dos manos.

–Ese todavía es peor que el otro. Es un pusi-lánime, es uno que se deja llevar por lo que dicen o hacen los demás, es un mandad... –aventuró Mandrake, pero al final de la frase se le atravesó un estornudo que acabó regando de mocos su café con leche y el cortado de Cacho.

–Pobre pibe... –prosiguió Cacho, intentando no mirar su pocillo y concentrándose en la conversación para evitar el asco– De ahí a la traición hay un trecho grande, Mandrake.

–No tan grande, no tan grande. Solo los años que le toman llegar a adulto. Pensá: hoy está con estos y hace todo lo que hacen estos; mañana está con aquellos y hace todo lo que hacen aquellos. Y si resulta que estos y aquellos son enemigos, ahí lo tenés: el traidor. Al pasar de unos a otros acabás traicionando a los primeros. ¿M’entendés, Cachito?

–Bueno, che, pero la gente puede cambiar, digo yo. Se hace grande, madura de verdad y se hace más fuerte, más independiente –expresó Cacho con fe en la humanidad.

–No, para nada, no hay vuelta atrás, ¿sabés? Una vez que empezaron, ya la cagaron. Porque para cuando llegan a grandes, ya son unos adictos –sentenció Mandrake que, de golpe, se puso de pie, dijo entre dientes “tengo qu’ir al ñoba”, y salió con paso torpe y acelerado hacia la puerta del excusado. Volvió enseguida, sin señales de haberse lavado las manos.

–Oíme, Mandrake, que esto me interesa –reintrodujo Cacho, recuperando el hilo del diálogo–. Es cierto que la nicotina produce adicción, pero tampoco te vuelve un drogadicto de esos que están todo el día pensando en drogarse o drogados, que mienten y roban a la familia y los amigos para comprar droga. Yo creo que entre la nicotina y, por ejemplo, la heroína hay una diferencia abismal.

–No, Cachito, no. Un adicto es un adicto, ¿m’entendés? Y por sobre todas las cosas, es un traidor –respondió Mandrake, apretando varias veces el índice derecho contra la mesa, como si pulsara fuerte un botón.

–Explicame eso –invitó Cacho cruzando los brazos sobre le pecho.

–Para empezar, sea como sea, el que fuma de adulto sigue mintiendo. Muchos te quieren hacer creer que fuman porque les gusta, pero en realidad te mienten: están enganchados y no lo pueden dejar aunque quieran. Después están los otros, los que te dicen que saben que fumar es malo, que quieren dejar el cigarrillo... pero esos también te mienten. O bien no lo quieren dejar, como los primeros, pero te dicen que sí porque es lo social o políticamente correcto; o bien lo intentan realmente, pero como son unos adictos vuelven a recaer una y otra vez: en este



caso, la traición es doble, porque se traicionan a sí mismos y, cuando ya es la enésima vez que vuelven al mal hábito, mienten a los demás fumando a escondidas para ahorrarse los reproches.

–Caray, no se salva nadie –resopló Cacho recostándose contra el respaldo y rascándose la cabeza–. Pero bueno, en cualquier caso, son unas mentiritas boludas. Digamos que no es una Traición con mayúsculas, una cosa que te haga perder la confianza total en el fumador...

–¡Eh, eh, eh, quieto ahí! Que todavía no terminé –frenó Mandrake alzando la palma derecha como un policía que dirige el tráfico–. Por un lado, los fumadores se acostumbran a mentir, y entonces están menos inhibidos que el resto para soltar mentiras por ahí –Mandrake hizo una pausa para sonarse ruidosamente la nariz con una servilleta de papel, que luego hizo un bollo y dejó sobre la mesa, junto a las tres medialunas de grasa–. Pero, además, el placer que les produce fumar refuerza su tendencia a mentir. Esto es como lo del perro del Pavov o el Pavón ese. Imaginate: cada vez que fuman están mintiendo, pero a la vez están sintiendo placer o alivio; así que mentir les produce una sensación placentera. Y entonces ya mienten por gusto, ¿m’entendés? Para revivir esa sensación.

–No acabo de ver claro eso de que cada vez que fuman están mintiendo –dudó Cacho, seguro de que el argumento tenía un fallo que aún no sabía detectar.

–Siempre, Cachito, siempre. Cuando un ser humano prende un pucho, sale la mentira hecha humo –disparó Mandrake en un arrebato poético–.

Mirá, gilastrún: ya sea para parecer mayor, o más duro, o para que no te tomen por el tarambana que sos; o para hacer creer que te gusta cuando ya no sabés si es así o no; o para calmar la ansiedad, a espaldas de tus seres queridos... Siempre que fumás estás mintiendo.

—¿Pero no hay nadie que fume solamente por el placer de fumar? —inquirió Cacho con desesperación.

—Ahí está la cosa. Nadie fuma por placer. No sé, quizás algún viejo pelotudo de esos que fuman en pipa, o el garca que se manda un habano después de cenar en un restaurán caro. Pero los giles que fuman cigarrillos, no. Esos son unos mentirosos compulsivos —y de esta manera, Mandrake finalizó la discusión, recostándose de lado y cruzando una pierna sobre la otra. (A los pocos instantes, Cacho descubrió que esa pose no respondía a la necesidad de estar sentado de manera más confortable, sino a la necesidad de evacuar un pedo sordo y apestoso).

Los dos amigos volvieron al silencio cómodo. Cacho amagó con terminarse el cortado, pero recordó el estornudo de Mandrake y prefirió dejar que se enfriara lo suficiente como para justificar pedirse otro. Mandrake, mientras, acabó de hojear las últimas páginas del diario, lo cerró, lo plegó y lo dejó en una esquina de la mesa. Después rebuscó en los bolsillos y sacó un paquete de cigarrillos negros. Con absoluta naturalidad, lo abrió y extrajo uno. Tomó el pequeño cilindro, le dio unos golpecitos sobre la mesa por el lado del filtro y se lo llevó a la boca. Se puso entonces a buscar el encendedor en el otro bolsillo, cuando una voz fuerte y autoritaria le habló:

–Ey, tú, que te he visto. Aquí ya no se puede fumar más –le dijo el dueño del bar detrás de la barra.

–Tranquilo, Gallego, que ya me estaba por ir afuera... –mintió Mandrake.



*Pero hubo más días y más oportunidades, y Manolo acabó haciéndose amigo de Martín. La mayoría de las veces conversaban un rato cuando llegaba el uruguayo, y otro ratito antes de que se fuera. El Gallego respetaba escrupulosamente los momentos de escritura y no se atrevía a interrumpir cuando veía a Martín concentrado sobre el papel. Pero había algunos días en que el Yorugua estaba melancólico, o poco inspirado, o distraído, y entonces Manolo aprovechaba para arrimarse y dar charla, o jugar unas manos de truco. Así llegó a saber (o imaginar) las supuestas razones por las que Martín había venido a Buenos Aires: la primera versión era que había llegado para estudiar Ingeniería; la segunda, que había llegado detrás de una argentina que estudiaba Ingeniería; en la tercera ya no había Ingeniería, sino tan solo una porteña; en la cuarta, en cambio, se trataba de una oferta de trabajo sin mujeres ni ingenieras; en la quinta, algo sobre un equipo de fútbol donde había probado suerte; en la sexta parecía estar huyendo de algo oculto en su pasado; en la séptima, simplemente buscaba nuevos horizontes lejos de casa, o todo lo lejos que le había permitido el bolsillo; en la octava se intuía un deseo de tener éxito y fama; en la novena, por el contrario, todo giraba en torno a pasar desapercibido entre una multitud de desconocidos; y en la décima, ni siquiera se llamaba Martín y no era uruguayo (claro que aquel día habían cambiado el café por la cerveza y se les había hecho demasiado tarde, por lo que cualquier cosa que se dijo perdía un poco de credibilidad).*



## ***La verdad sobre Maidana***

Maidana pasó frente a la ventana del bar y vio a los muchachos sentados a la mesa de siempre:

–¡Chau gente! –les sonrió al pasar.

–¡Chau, Maidana! –le respondió el Negro. El Rober se limitó a devolver la sonrisa y alzar la mano; cuando Maidana hubo desaparecido de la vista, le preguntó al Negro:

–¿Te diste cuenta de que Maidana siempre va solo?

–¿A qué te referís?

–A que nunca lo vi acompañado por una mina. ¿No pateará para atrás, este?

–¿Patear para atrás? –el Negro se mostraba asombrado por la idea.

–Sí, que juega para el otro equipo, no sé si me entendés. Se mete los goles en el propio arco... –al Rober se le empezaban a acabar las metáforas futbolísticas sobre la homosexualidad.

–¿Me estás diciendo que Maidana es trolo? –soltó el Negro, más directo, con una carcajada.

–Vos sí que sos trolo –dijo Cacho desde la distancia, apenas puso un pie en el bar, que a esa hora

de la tarde estaba semidesierto. Alcanzó la mesa, se sentó y después de palmear al Rober y al Negro a modo de saludo, preguntó: –¿Quién es el troló, de qué hablan?

–Nadie –empezó a explicar e Negro–. El Rober cree que Maidana se la come porque nunca lo vio acompañado de una mina.

–Bueno, pero eso no significa nada –carraspeó Cacho, soltero en ese momento–. Si fuera puto tendría que ir acompañado de un morocho. Los maricones son los que tienen novio en lugar de novia, no los solterones.

–Lo que vos quieras –porfió el Rober–, pero un tipo con esa planta... es raro que esté solo. Es cierto que no tiene la pinta de Beckham, viste, pero es alto, grandote, medio rubio, atlético... Parece uno de esos zagueros de antes, elegantes pero aguerridos, de los que imponían respeto y admiración, severo pero firme, aseado pero sin temor a ensuciarse. No sé, para mí que algo falla, no puede ser que ninguna mina se fije en este tipo. Tiene que ser...

–Pará la moto, Rober –interrumpió el Negro. Después miró de reojo a sus lados, como para asegurarse de que no había nadie más alrededor, se inclinó sobre la mesa invitando a sus dos amigos a hacer lo mismo, y susurró:– Esto que les voy a contar no se lo pueden decir a nadie, ¿tamos? Maidana me soltó la historia hace mucho, un día que lo agarré extrañamente melancólico y triste, con ganas de desahogarse. Pero en general la tiene bien escondida bajo una fachada de tranquilidad y felicidad imperturbables. Es su secreto más íntimo y mejor guardado...



—¡Dale, contá, pelotudo! —se impacientó el Rober, mientras Cacho ponía cara de saber la anécdota, aunque prefería que la relatara el Negro.

—Resulta que a Maidana lo cagó feo una mujer. Te estoy hablando de hace como un toco de años. Este andaría por los veinte, veintipocos, y se enamoró de una mina espectacular, la más linda del barrio, de buena familia, educada, estudiante de Farmacia, ojos verdes, figura diez, alegre pero no alocada, divertida... Bueno, qué sé yo, según te la iba describiendo Maidana, hasta vos te enamorabas sin haberla visto nunca. Era como el prototipo de la novia que soñábamos todos a esa edad. Una mujer con la que podías pasarlo bien ahora, pero con la que también podías proyectar una vida entera.

»La cuestión es que Maidana se recontra enganchó y le anduvo arrastrando el ala como un año. Evidentemente, a la chica no le faltaban pretendientes, así que la cosa no fue fácil. Pero Maidana estaba decidido, porfió y porfió, hasta que la mina cedió y empezaron a salir juntos. Un año de noviazgo oficial y se casaron.

—¿Maidana casado? —se sorprendió Cacho, como si esa parte de la historia no le cuadrara bien.

—Esperá, esperá... —calmó el Negro— Los problemas aparecieron al volver de la luna de miel, cuando empezó la, digamos, “vida normal”. Maidana siguió laburando en el taller de su viejo, pero la mina se quedaba en casa estudiando para terminar de sacar las últimas materias que le faltaban de la carrera. Ya entonces Maidana tenía el contrato de mantenimiento para la empresa esa, así que les iba muy bien y se podían permitir que trabajara uno solo. Es más,

*atenti*: se compraron un departamentito que pusieron a nombre de los dos.

–Uh, ya me lo veo venir –suspiró el Rober, como uno que canta el gol antes de que la pelota entre en el arco. Estaba completamente atrapado en la novela.

–También compraron un auto, heladera, lavarropa... todo a nombre del matrimonio –siguió el Negro, cautivando al auditorio; aunque Cacho, que oía con interés, tenía el ceño medio fruncido, como si dudara sobre la veracidad del cuento y hacia dónde se dirigía la trama–. Al cabo de un cuatrimestre, más o menos, la mujer terminó la carrera y se puso a trabajar en una farmacia del Centro. O empezó poco antes de terminar, algo así. Entre unas cosas y otras, la pareja no intimaba mucho: apenas si desayunaban y cenaban juntos, se acostaban cansados y casi no hablaban de nada, más que de boludeces, como si fueran vecinos que se encuentran en el ascensor.

–El tiempo, el partido de ayer... –ejemplificó el Rober.

–Algo así –ratificó el Negro–. Al principio, Maidana pensaba que se debía a los estudios, los nervios de los exámenes, la presión por acabar la carrera. Después, a la tensión de conseguir laburo... No es que les hiciera falta la guita, pero también es cierto que una mujer como esa, profesional, con ambición, no se sentía bien siendo simplemente un ama de casa que esperaba todo el día a que Maidana volviera engrasado del taller, no sé si me explico.

–Claramente –concedió el Rober.

–Entonces a Maidana no le parecía raro. La entendía e intentaba ofrecerle su apoyo, pero la

mujer no hablaba mucho, estaba como pensativa y ensimismada. Maidana llegó a creer que estaba deprimida, pero de esas depresiones de verdad, las de hospital psiquiátrico –definió el Negro.

–Psiquiátrico... –rumeó Cacho la palabra, como si fuera una clave en sí misma.

–Cuando la mina por fin consiguió el trabajo y pasó el período de prueba –prosiguió el Negro–, Maidana pensó que la cosa por fin se estabilizaría, que iban a poder disfrutar como antes de los fines de semana, dar paseos, salir al cine y a cenar por ahí... Un segundo noviazgo, más o menos. Hasta que viniera el primer pibe.

–¿También tiene hijos, Maidana? –se alteró el Rober, cada vez más sorprendido.

–Shhh, déjalo terminar –interfirió Cacho, recuperando su mirada suspicaz, como un iniciado que conoce cierto secreto oculto a la mayoría de los mortales.

–No, no hubo pibes. Porque la cosa no mejoró –continuó el Negro–. Así que un día Maidana juntó valor, se plantó en una cena delante del plato de fideos con manteca, y le preguntó directamente a la cara que qué le pasaba. Y entonces la otra se puso a llorar y le mandó una historia tenebrosa.

»Según la mina, su padre, el padre de la chica, un tipo acomodado que hacía negocios en bancos, inmobiliarias, la Bolsa o algo de eso (o todo eso), se había arruinado por una mala inversión. Maidana ya no se acordaba si era cuando el Efecto Tequila, la crisis rusa, o la guerra de Irak, pero alguna hecatombe de esas en las que de golpe y porrazo vos tenías guita segura metida en un lado y ihop!, de un día para el

otro no tenés nada. Y por lo visto el problema no era solo que el padre de la chica tuviera la plata mal invertida: el tipo hacía inversiones para otros, y con él jodió a un montón de gente.

»La cuestión es que, entre lo que perdió y lo que le tuvo que devolver a otros, el suegro se había arruinado, seguía teniendo deudas, hacía agua por los cuatro costados y estaba al borde del suicidio. Maidana, que es todo corazón, la abrazó, la consoló, le preguntó que por qué no se lo había dicho antes, que él le podía echar una mano... Bueno, le salió esa vena de caballero andante que nos sale a todos ante una mujer linda y desvalida, multiplicado en este caso por el hecho de que era su señora esposa.

–Uh, ya me lo veo venir... –se repitió el Rober.

–La cuestión es que se ofreció a pagar las deudas del suegro. Pensaba, pobre, que si se solucionaba ese tema, la mina iba a volver a ser feliz y por fin iban a iniciar una vida normal de casados –sintetizó el Negro–. Pero le funcionó solo esa noche.

»Al día siguiente, feliz como nene con chiche nuevo, Maidana habló con su viejo e hipotecaron el taller, pidieron préstamos y le dieron la guita al padre de la mujer. En metálico, boludo. A los dos días, el suegro desapareció y se llevó hasta el canario. La mina también, y la siguiente noticia que tuvo Maidana fue una demanda de divorcio.

–Y sí, se veía venir –confirmó el Rober.

–El pobre Maidanita quedó en pampa y la vía, endeudado hasta el cogote, forreado como un gil –concluyó el Negro–. Sin embargo, dado que Maidana no es un tipo materialista, lo que más lo jodió fue la traición de la mina. Para él lo era todo, y resulta

que para ella él no había sido nada, solo un salame al que podía desplumar. Y la sangre fría –enfaticó el Negro–, la paciencia de tejer un engaño durante tres años, una estafa calculada con premeditación y alevosía. Claro, después de eso, Maidana ya no puede creer en el amor ni en las mujeres. Si te digo que hasta tuvo que ir al psicólogo y hacer terapia, y ni aún así...

–Se volvió puto, lo que yo decía –se reafirmó el Rober, intentando poner algo de humor en la tragedia.

–Pero... –balbuceó Cacho, como si hubiese esperado un final diferente.

–Creo que todos entenderán que Maidana ande solo por la vida. Como en el fondo es buen tipo, valiente, intenta sobreponerse y seguir adelante. Pero no puede comprometerse. No se fía ni de su sombra. Y en el fondo está amargado. Por eso no lo vas a ver nunca con una mina –remató el Negro.

–¿De quién hablan, de Ricky Fort? –escupió Mandrake, manifestándose de repente, mientras entraba al bar otra vez por la ventana para disgusto del Gallego, el dueño del boliche.

–No, del pobre Maidana –respondió el Rober compungido.

–¿Y qué le pasó a Maidanita? –eructó Mandrake.

–Estos dicen que nunca se lo ve con una mujer porque una mina lo cagó mal hace como mil años, pero... –quiso objetar Cacho, aunque Mandrake se le anticipó.

–¡Pero eso es cualquiera! –negó Mandrake, que luego se encogió sobre la mesa y habló en voz baja–

No lo vayan soltando por ahí, pero hace cuatro o cinco años, Maidana me contó lo que le pasó –se ufano.

–No vas a contar lo mismo que acabo de contar yo ¿no? –se ofendió el Negro, que había quedado muy satisfecho con su relato.

–¿Y yo qué sé qué boludeces contaste vos? Yo te digo que sé la posta, me lo batió el propio Maidana un día que estábamos solos en la barra y aparecieron unas chicas de acá a la vuelta, de la Facultad de Ciencias Sociales, una más buena que la otra. Yo le solté al Maidana: “¿Vos creés que alguna se animará con unos galanes maduros como nosotros?”, y ahí el tipo se quebró, así de golpe, y me largó la historieta de un tirón.

–Ilustranos, por favor –invitó Cacho, convencido de que se iba a saber la verdad, esa que él ya conocía.

–A Maidana le falta más de media poronga –tituló Mandrake sin rodeos.

–¿¡Qué!?! –se sorprendieron todos.

–Tal cual, papá –confirmó Mandrake, que procedió a narrar los hechos–. Resulta que, cuando este era pibe, solían ir de vacaciones a Entre Ríos. La vieja de Maidana, viste, es entrerriana, y tienen familia allá. Así que en verano cargaban el viejo Renault y se iban a pasar unos días a la Mesopotamia. La cuestión es que Maidana y unos primos se estaban bañando una tarde en el río, en pelotas, como Dios los trajo al mundo... Vos viste como son las cosas en el campo, es todo un poco más salvaje y natural, y la gente no anda con esas tilinguerías de horrorizarse si se ve una teta en la playa y esas boludeces. Estos estaban jugando a la orilla, les entró el calor, se

pusieron en bolas y chapuzón en el río. Y ahí andaban, cuando un pacú le mordió el pitito a Maidana y le arrancó un cacho grande.

–No me jodas... –se contrarió el Negro– Aunque eso explicaría por qué la mina no quería... –intentó razonar después, conectando el nuevo dato a la vieja historia.

–Pe-pero eso... –tartamudéo Cacho– Lo del pacú es una leyenda urbana. O rural, como quieras. Esos bichos realmente no muerden así...

–Vos decí lo que quieras –se reclinó Mandrake enseñando las palmas mugrientas de las manos–, pero a Maidana le falta un pedazo del pedazo –y se quedó satisfecho con su juego de palabras.

–¿Pero entonces no tendría que cantar como Farinelli? –se confundió el Rober.

–¡No, gilastrún! –Mandrake juntó las manos como en una plegaria– Eso es lo que te pasa cuando te cortan los gobelinos. Este tiene los compañeros en su lugar, pero lo que no tiene es el estoque para rematar la faena –graficó inauditamente taurino.

–¿Y lleva así toda la vida? –inquirió el Negro.

–Los padres tenían la esperanza de que, cuando se hiciera hombre, le creciera el chorizo como corresponde. La mayoría de los médicos les dijeron que no, pero alguno les insinuó que, con el desarrollo, al cambiar la fisonomía del pito, capaz que le aparecía lo que faltaba. Como las lagartijas esas a las que le crece la cola de nuevo –expuso Mandrake.

–O una salamandra, a la que le crece cualquier cosa –acompañó el Rober. Pero Mandrake lo miró como si hablara chino: para él, la salamandra era una estufa.

–O sea... –retomó Mandrake– Lo que había se hizo más grande (más gordo, mejor dicho), pero nada más. La edad del pavo que pasó Maidana fue horrible, y no sé si todavía sigue yendo al psicólogo por este tema. Así que, por más que quiera, Maidana no puede darle a una mujer lo que hace falta.

–¿Qué, ya saben lo de Maidana? –aterizó de pronto Julito, que entraba en el bar todavía distraído con su telefonito, habiendo escuchado solo la última parte de lo que dijo Mandrake.

–Justo ahora estaba avivando a estos giles –se agrandó Mandrake.

–Yo creía que sí, pero ahora mismo no estoy seguro –dudó el Negro.

–Yo ya no sé qué creer –meditó el Rober.

–Vamos a ver, a mí me parece que están en cualquiera –intentó corregir Cacho, pero Julito se solapó.

–Bueno, tampoco lo vamos a publicar en los diarios, pobre Maidana. No es algo que él pueda elegir... –sugirió Julito a medias, terminando de silenciar su *smartphone*.

–Y sí, cada uno es como es, y si salió con el pie cambiado... –acompañó el Rober, volviendo a su hipótesis original.

–Todos nos cegamos por amor –suspiró el Negro.

–Más vale, vos no podés saber que te va a arrancar el choto una piraña de esas –exageró Mandrake.

–No sé de qué están hablando ustedes –empezó Julito con suficiencia, ignorando las incoherencias de sus amigos–, pero lo que le pasa a Maidana me lo contó él mismo hace poco.



–Aclará esto, por favor –resopló Cacho, confiando en que, esta vez sí, alguien iba a exponer la realidad del asunto.

–Maidana es adicto al sexo. Pero muy adicto, tipo Michael Douglas. Se tira la guita en gatos y telos. Te lo juro –sonrió Julito, no tanto por lo que decía, sino por saberse poseedor del secreto.

–Y sí, si no es pagando... –especuló Mandrake.

–Che, ¿no serán taxi-boys? –consultó el Rober.

–Bueno, claro, uno no es de palo. Una cosa es el amor y otra... –aceptó el Negro, murmurando para sí.

–¿De dónde sacaste eso? –se indignó Cacho, para quien esta teoría era otro absurdo, un error.

–¡Me lo dijo él, boludo! –estalló Julito– Hará seis meses, más o menos, estaba en esta misma mesa con Romina y apareció Maidana. Romina se tenía que ir al dentista, así que estuvo cinco minutos más y se fue. Cuando nos quedamos solos, Maidana me dijo: “Parece buena chica, espero que tengas suerte”.

–Claro, después de lo que le pasó a él... –masculló el Negro.

–Así que yo le pregunté: “¿Y vos? ¿No diste con una buena todavía?” –siguió Julito–. Maidana me miró con una mirada pícara que no le había visto nunca, riéndose medio de costado, y se sinceró. Me dijo que no podía conseguir una pareja estable, que lo había intentado un par de veces, pero que las minas no le podían seguir el ritmo, o le armaban escándalo cada vez que este tipo buscaba fuera lo que no le daban en casa. Las noviecitas de Maidana tenían más cuernos que una taberna de vikingos.

–¿De qué habla este pelotudo? –se preguntó Mandrake, que no entendía la metáfora nórdica.

–Maidana tiene que hacerlo mañana, tarde y noche –añadió Julito, sin prestarle atención–. Es insaciable. Así que al final optó por la más... cómoda, digamos. A veces va por los boliches de levante y se cepilla a cualquiera, en los baños, donde venga. Incluso a más de una por noche. Y el resto del tiempo se anda escapando a los burdeles, o sube a los gatos en el auto. Me dijo que quiere dejarlo, que está en tratamiento con psicólogo y todo, pero que es más fuerte que él.

–¡Paren todos! –estalló Cacho– Están mean-do fuera del tarro. Todos. Es cierto que Maidana va al psicólogo, pero no es por lo que dicen ustedes. Es por algo... peor.

–Para mí, lo peor es que te falte un cacho de pija –opinó Mandrake.

–¿Peor que una traición? –rivalizó el Negro.

–En nuestra cultura machista, lo peor es estar en el equipo contrario, es así –matizó el Rober.

–No, no, no, lo de Maidana es peor todavía –dijo Cacho, añadiendo suspenso. Después bajó la voz, para que nadie más en el bar pudiese escucharlo–: a Maidana le gustan los pibes.

–¿Y yo qué estaba diciendo? –se enojó el Rober.

–No, boludo, los hombres no, sino los nenes, los pendejos –aclaró Cacho, exasperado.

–Bueno: troló, pedófilo, más o menos... –mez-cló el Rober.

–¿Y eso qué es? ¿Le gusta oler los pedos de los pendejos? –bromeó Mandrake, insensible.

–Eso explicaría su insatisfacción sexual, toda vez que el objeto de su deseo no es aquel hacia el

que dirige su... –teorizó Julito– Pero no es lo que me contó a mí.

–A mí sí –resopló Cacho–. Y fue antes de ayer, así que es bien reciente, noticia fresca. Yo necesitaba alguien que me hiciera la gamba, que me acompañara al boliche. Todos ustedes estaban borrados: vos, Julito, en el cine con Romina; el Negro, intentando hablar con la Colorada; el Rober, en la cancha; y Mandrake andaba desaparecido, como casi siempre. Así que lo agarré a Maidana y le dije: “¿Me acompañas al boliche, vamos de levante?”. Pero él empezó con que no estaba con ganas, que quizá otro día... Yo le rompí las pelotas, viste, que nunca se prendía en la joda, que a ver si era puto, que si la tenía chiquita, que no arrugara, que si no los muchachos iban a empezar a decir cosas...

–Y sí, la verdad... –corroboró el Rober.

–Pero entonces se puso a llorar. Así, de golpe, como te lo digo. Me dijo: “Mirá, Cacho, mejor que hablen cualquier cosa a que sepan la verdad”. Y claro, yo estaba en shock, porque es raro ver a Maidana en esa situación, un tipo siempre tranquilo y de buen humor. Lo palmeé para consolarlo, pero no me podía quedar sin saber cuál era la verdad. Así que lo apuré un poco y le dije que hablara conmigo, que si se desahogaba se iba a sentir mejor. Maidana se quebró y me lo contó todo.

»Lo primero que me dijo es que nunca tocó a un pibe. Él sabe que está enfermo, pero que una cosa es lo que piensa, que no lo puede evitar, y otra cosa es lo que hace. Y ahí se nota que es un tipo de fierro, con mucha voluntad. El flaco se aguanta, pero sufre una angustia horrible. Así que lleva muchos años

con terapia, psicólogo, inyecciones de hormonas y cosas así, para reducir el deseo sexual.

–Me cago... –espetó Mandrake, por fin conmovido.

–Capaz que entonces su matrimonio fracasó por eso. La mina seguro pensó que Maidana era un monstruo y por eso lo castigó así –el Negro se aferraba a su versión de los hechos.

–¿O sea que lo de la adicción...? ¿Y si paga por acostarse con pibes? –se horrorizó Julito.

–Y yo que lo llevé al club a ver partidos de las categorías inferiores –se arrepintió el Rober.

–A ver, a ver, tampoco se vayan al carajo –calmó Cacho, gesticulando con las manos como quien pide tiempo muerto–. El tipo la está peleando, y si él me dice que nunca hizo nada malo, yo le creo. Vamos, muchachos, estamos hablando de Maidana, Maidanita, nuestro Maidana. Si a ustedes les mintió y les contó cualquier verdura, es porque prefirió que lo vieran como un fracasado, o un amputado, o un sacado, antes que como un monstruo. Entiéndanlo, es un tema jodido, y aunque él no eligió ser así, siente culpa por los pensamientos que tiene. En vez de asustarnos como viejas, tendríamos que apoyarlo en su lucha interior –Cacho se puso serio.

–Claro, claro. El vestuario tiene que estar unido, en las buenas y en las malas. Al final, todo son rachas –improvisó el Rober con torpeza y tópicos futboleros.

Pero entonces Mandrake se puso de pie con los ojos desorbitados, como una cebra que acaba de olfatear a un león.

–¡Cuidado, muchachos! –advirtió.

–¿Qué pasa, qué pasa? –el Negro se revolvió en su silla, intentando ver qué miraba Mandrake.

–¡La concha de su madre! –exclamó Julito con voz aguda y mucha indignación.

–¿Me estás jodiendo? –palideció el Rober, mientras Cacho se quedaba paralizado y boquiabierto.

Por la vereda volvía Maidana, llevando a dos nenes y dos nenas de entre cuatro y ocho años, tomados de la mano, dos a cada lado.

–¿Qué hacés, Maidana? –le soltó Cacho, como una acusación; pero Maidana lo interpretó como un saludo.

–¿Qué hacés, Chachito? –lo saludó desde afuera con una sonrisa, al tiempo que se detenía frente a la ventana, junto a la mesa de los amigos– ¡Hola, muchachada! –exclamó después– Les presento a mis herederos: Martín, Lorena, Agustina y el más chiquito es Lionel, por Messi.

–¿S-son... tu-tuyos? –trastablilló Mandrake, que parecía estar viendo un chancho volador.

–Sí. Y de ella –Maidana señaló con un gesto de la cabeza hacia su espalda, y los muchachos vieron a una mujer que caminaba rezagada hablando por el celular–. Aunque ya se sabe, los hijos son de la madre, pero del padre... –bromeó luego.

Para el Rober no había dudas: los críos eran fotocopias de Maidana y de la mujer. El Negro, por su parte, enfocó su atención en la señora: cuarentona, muy agradable a la vista, elegante, con las formas intactas; se adivinaba que, en su juventud, habría roto más de un corazón. Al Negro le resultaba

familiar, como si la conociera de algún lado, aunque el teléfono y la mano que lo sostenía le tapaban parte del rostro y no conseguía distinguir bien las facciones.

—¿Cuatro pibes? —contó Julito— Está claro que no pierden el tiempo, eh... —agregó suspicaz.

—Bueno, yo los tengo que dejar —se disculpó Maidana mirando de reojo a la mujer del celular—. Me tengo que llevar estos monstruitos a lo de mi suegro. Si llegamos tarde, la patrona me arma el escándalo. ¡Nos vemos después!

Los muchachos se quedaron petrificados. Vieron alejarse a Maidana con los nenitos de la mano, tan mansos y alegres como él, mientras la mujer continuaba unos pasos atrás, con el *smartphone* pegado a la oreja, discutiendo cosas del trabajo.

—¿Pero esa... no les suena de algo? —se obsesionó el Negro.

—¿No es la Sassaroli, la psicóloga del hospital? —aventuró Julito.

—Sí, puede que sí —acompañó el Rober.

—¡Claro que sí! —confirmó el Negro— ¡La Sassaroli, claro!

—¿Y está casada con Maidana? —cuestionó Mandrake.

—Es lo que acaba de insinuar... —afirmó Cacho, poco convencido.

Se hizo un silencio repentino, y en la cabeza de cada uno giraban los engranajes de la razón intentando encajar todas las piezas, o al menos triturar bajo sus ruedas aquello que no conectara bien. El primero en alcanzar una conclusión fue Mandrake:

–Es verso, muchachos –sentenció, y golpeó la mesa como si tuviera el martillo de un juez–. Nos está cargando, es una tomadura de pelo. Los pibes serán de la mina, pero de él no son. No tiene pito, no puede. Y punto.

–Pero son igualitos... –contraargumentó el Rober.

–Capaz que la nami es su hermana, y los pibes son sobrinos, qué sé yo... –propuso el Negro.

–¿Pero cómo va a ser la hermana, boludo? –negó Julito– Si uno se llama Maidana y la otra Sassaroli...

–Usa el apellido de casada, seguro. La hermana de Maidana es esposa de un chabón que se llama Sassaroli –corrigió el Rober, a quien le gustaba la hipótesis del Negro; en especial porque le permitía volver sobre la suya: –Ahora cierra todo: Maidana es troló, fijo, y los pibes son los sobrinos.

–Yo no sé si es troló o no, pero no puedo creer que se haya casado después de lo que le pasó –se ofuscó el Negro.

–Lo que yo no me creo es que se anime a tener hijos, o tan siquiera a andar por ahí con nenitos, sabiendo que tiene... que le pasa... su problema... –se empecinó Cacho.

–Bueno, yo no lo veo tan raro. Su problema es que se pasa todo el día garchando, hablemos claro –contrapuso Julito–. Cuatro pibes me parecen una consecuencia natural; de hecho, me parecen pocos. Andá a saber cuántos más tiene por ahí.

–Es un mentiroso, eso es Maidana –resumió Mandrake y se fue hacia el baño, no sin antes perfumar el ambiente con su flatulencia.

–Se volvió loco –dijo el Negro en un lamento, mientras se ponía de pie, dejaba su parte del gasto y la propina en la mesa, y se despedía de sus amigos, como apresurado por dejar atrás el recuerdo de una pesadilla.

–Capaz que consiguió vencer su adicción, o al menos la controla –murmuró Julito, ya para sí, mientras miraba en la pantalla del celular una llamada entrante. Tenía que responder, así que se alejó de la mesa hacia la calle, hablando a los gritos con algún jefe.

–Debe de ser una terapia radical –razonó Cachó–: contacto con los niños supervisado por una psicóloga. Tiene sentido, ¿no? –se convenció. Después juntó la plata de la mesa, se levantó hasta la barra, le pagó al Gallego lo de todos, y salió del bar sin saber bien a dónde iba, aunque sus piernas lo guiaban en el mismo sentido en el que se había marchado Maidana.

–Para mí que se la morfa –dictaminó el Rober, mientras veía en la televisión un resumen de las mejores jugadas individuales de Cristiano Ronaldo.



## ***La táctica de Pepe L'Amour***

Cacho llegó esa tarde al bar directamente desde el trabajo, sin pasar por casa. Venía cansado de un día agotador, pero su primera reacción no fue dejarse caer moribundo en su silla, con el dedo levantado para pedirle a Manolo un café o una cerveza, sino mirar a la mesa, descubrir a Julito solo, y preguntar:

–¿Dónde está todo el mundo?

–El Negro iba a intentar hablar con la Colorada... otra vez. El Rober tenía partido de fútbol. Mandrake... no sé dónde está Mandrake, pero con ese nunca se sabe –resumió Julito.

Entonces sí, Cacho se desplomó sobre el asiento con un resoplido.

–¿Te das cuenta de todas las cosas que nunca vas a poder sentir en carne propia? –le soltó entonces Julito, sin darle tiempo a desperezarse ni estirar las piernas, como si hubiera estado esperando ansioso a que llegara alguien para lanzar la pregunta, como si hubiera ensayado la frase durante toda la tarde.

–¿Lo qué? –escupió Cacho, sin humor para disquisiciones filosóficas.

—Nada, nada... —Julito pensó que, con Cacho así, no iba a avanzar en la cuestión. ¿Cómo explicarle a un tipo que solo quiere dejarse ir, reposar y aislarse de las preocupaciones diarias, la frustración que te invade cuando te das cuenta de que nunca vas a poner un pie en la Luna ni en Marte, que no vas a conocer el París de la Revolución o que nunca vas a hacerte una idea de cómo es crecer huérfano en el Londres de Dickens?

—¿Otra vez con lo mismo? —reaccionó, sin embargo, un Cacho que recordaba perfectamente la manía que tenía Julito de lamentarse por las experiencias que se había “perdido”, y que solía manifestarse en especial cuando acababa de leer alguna novela— ¿Y ahora qué es?

Entonces entró el Rober, recién duchado, con el bolso deportivo colgando del hombro.

—¿Qué tal el partido? —lo saludó Julito, demorando su respuesta.

—Bien, normal... —el Rober hizo una pausa, y en el rostro se le dibujaba una expresión de tristeza o decepción; se sentó despacio en su silla, con la mirada perdida en las baldosas, y corrigió:— Mal. Muy mal. Vinieron a jugar los pibes de Antúnez. ¿Te das cuenta? Ya están para jugar con nosotros. El mayor tiene dieciocho años, y el chiquito tiene dieciséis. ¡Cómo corren esos borregos! El pibito es tremendo, no hay manera de sacarle la pelota. Y el grande... te mete el cuerpo y te mata. En una jugada, yo iba confiado, seguro de que llegaba antes, y este en dos zancadas me ganó la posición, me metió el hombro y casi me estampó contra la pared.

—Te estás haciendo viejo, Rober. En cualquier momento te hacemos un partido homenaje y despedida

de las canchas –sonrió Cacho, queriendo levantarle la moral a su amigo con un comentario que, en apariencia hiriente, escondía el cariño de la complicidad.

–Una novela romántica –deslizó de golpe Julito, a la carrera, como si quisiera que sus palabras pasaran desapercibidas. Por el contrario, atrajo la atención de todos.

–¿Qué decís? –se extrañó el Rober.

–¿Lo q...? ¡Ah, eso! –comprendió Cacho.

–¿De qué hablan? –preguntó el Rober, con menos interés en la respuesta que en olvidar el partido que acababa de *jugar* (por llamar de alguna manera a ese arrastrase por el campo detrás de un balón que se aleja a cada paso como la zanahoria del burro).

–No sé –empezó Cacho–. A este le agarró otro de sus ataques en los que se lamenta por no haber sido un pirata o un dinosaurio, qué sé yo. O peor, porque lo de la novela romántica suena grave.

–A ver –intentó defenderse Julito–, que yo solo leí una por curiosidad. Se la robé a Romina para ver qué gracia tenía. En su casa hay un estante lleno con esas novelas.

–¿Y a mí qué mierda me importa? –vociferó Mandrake mientras entraba al bar por la ventana de la calle, como si no pudiera esperar a caminar los veinte pasos que lo separaban de la puerta principal. Manolo el Gallego lo insultó en un castizo folclórico, con unos cuantos “joder” y “cojones” y “coños” por aquí y por allá, más para reforzar su autoridad ante el resto de clientes que para conseguir el (imposible) objetivo práctico de que Mandrake dejara de hacer aquello.

–¿Qué hacés, loco? –lo recibió el Rober con una sonrisa forzada, haciendo todo lo posible por olvidar las imágenes grabadas en su retina, esa pelota que bailaba de un lado a otro sin que él pudiera soñar con tocarla.

–No tengo ni idea –se calmó de pronto Mandrake, rascándose la cabeza a medida que se acercaba a sus amigos.

–¿Me van a decir que ninguno sintió nunca curiosidad por los argumentos de esas novelas? –planteó Julito.

–No sé de qué están hablando, pero seguro que no –determinó Mandrake.

–Puede ser, pero en el fondo ya se sabe más o menos de qué van –titubeó el Rober.

–Lo de la curiosidad lo entiendo –avanzó Cachó–, pero no entiendo cómo una noveleja de esas te pudo dejar pensando en aquellas cosas que a vos no te van a pasar nunca.

–Y sí... –se ruborizó Julito– Ves esas historias tan pasionales, donde los protagonistas son objeto de un deseo absoluto, y es normal que te preguntes si alguna vez una mujer te deseó tanto, o si vos vas a sentir esa pasión por una mina en algún momento de tu vida.

–Pero... ¿pasó algo malo con Romina? –intuyó Mandrake, mientras se despegaba con la uña roñosa la cascarita ensangrentada que acababa de descubrirse en el codo.

–No, no, está todo bien... –se apresuró a desmentir Julito– Pero justamente, estamos bien: lo nuestro nunca va a ser como en esas novelas –suspiró después.

–Y bueno, qué querés, la vida es así –perogrulló el Rober–. Si te sirve de consuelo, yo nunca voy a jugar en un club de primera, ni voy a ser ídolo de la hinchada, ni me voy a convertir en una leyenda del fútbol –resopló ante la recurrente visión del esférico pegado a los pies de los hijos de Antúnez.

–Ni yo voy a ser emperador del mundo –fantaseó Cacho, con algo de burla, pensando quizás en algún videojuego de estrategia–, pero esas son cosas excepcionales que le ocurren a uno entre un millón. Si nos pusiéramos a hacer una lista de todo lo que no vamos a poder sentir en carne propia, mejor nos pegamos un tiro ahora.

–O usamos la *táctica* de Pepe L'Amour –propuso Mandrake, tapándose la sangrante lastimadura sin cascarita con servilletas de papel.

–¿Y eso qué es? –preguntó el Rober, sin que se supiera si hablaba de lo que había dicho Mandrake o de su herida.

–¿Te acordás del dibujito ese donde un zorrino ve una gata negra con una raya blanca pintada en el lomo y la confunde con una de su especie? –repuso Mandrake, cambiando rápidamente las servilletas empapadas de rojo por otras nuevas; los demás asintieron, así que prosiguió:– Bueno, el tipo no sabe que son gatas, o por ahí lo sabe pero le chupa un huevo, así que se enamora y se entrega como si todo fuera verdad. Incluso le da igual que las minas se escapen o intenten matarlo: el chabón sigue como si hubiera encontrado el amor de su vida.

–Pero eso es un engaño, una mentira. Y las mentiras tienen patas cortas –objetó Julito.

–Como los zorrinos –rió Mandrake–. Miente, mente, y algo quedará.

–No sé... –dudó Cacho.

–Mientras vos te lo creas, vas a sentir como si fuera real. ¿O no se trataba de eso, de sentir cosas? –concluyó Mandrake, quien se preparaba un vendaje rudimentario con servilletas y una cinta Scotch que había robado a Julito de su mochila.

–Mmh... –Cacho no estaba convencido– Yo creo que parte de la gracia de una experiencia consiste en saber que es real. Digo yo. Por ejemplo, da igual que el Rober se imagine que el picadito de los sábados es la final del Mundial: no va a haber hinchas alentando ni periodistas ansiosos por retratar al héroe.

–Ni *El Gráfico* va a haber... –bufó el Rober.

–Bueno, pero quizás... –Julito quería creer– Si ponés un poco de empeño, si te mentalizás... No sé, por ahí no es mala idea...

En esas entró el Negro con cara de feliz cumpleaños, caminando despacio y suave, como flotando. Parecía realmente contento, como pocas veces lo habían visto.

–¿Qué hacé', Negro? –saludó Mandrake, levantando la mano con la que había vendado el codo, enseñando una palma ensangrentada como si acabara de matar a alguien.

–¡Qué carita! ¿De dónde venís? –inquirió el Rober con algo de envidia.

–En serio, che; hace rato que no tenés esa mirada pícara. Contá, contá, ¿qué pasó? –preguntó Cacho, chusmo.

–Vengo de ver a la Colorada –sonrió el Negro, de oreja a oreja, sin agregar nada más.

Los otros se quedaron unos segundos esperando una historia, un resumen del encuentro, una síntesis de lo ocurrido. Pero de pronto se dieron cuenta de que cualquier explicación estaba concentrada en ese rostro desmedidamente contento, en esa chispa alegre que brillaba en los ojos, en esos dientes blancos que parecían sacados de un anuncio de dentífrico, en esa melena revuelta... en ese chupón en el cuello.

Cacho lo palmeó en la espalda como gesto de aprobación; Mandrake tosió una carcajada grotesca mientras le decía “hijo ‘e tigre”; el Rober le tendió la mano a su amigo y la estrechó con firmeza. Pero Julito se quedó mirándolo fijo, serio, entrecerrando los ojos, apretando las mandíbulas, arqueando las cejas de forma desigual. Cuando terminaron las felicitaciones, se puso de pie, agarró su mochila, se la colgó al hombro y, antes de marcharse, dijo con voz grave:

–Andate a la mierda, Negro.





*De tanto en tanto, Manolo le hablaba de España, o de lo que recordaba de León, y casi todo se resumía en chorizo, cecina y algún vino de El Bierzo, en un pueblo sumergido bajo las aguas de un embalse, en las montañas frías y austeras, y en la memoria de una pobreza lejana.*

*—¿Y no piensa en volver? —le tiró Martín en una de esas ocasiones.*

*—No. Fui una vez, hace cuatro o cinco años, y está todo tan cambiado... Es como si fuera... como si fuera... —el Gallego se quedó sin palabras.*

*—Sí, como si fuera la casa en la que uno vivió de chico, pero en la que ahora habita otra gente: le cambiaron el color de la pintura en las paredes, los muebles, los cuadros y las fotos —comprendió el Yorugua—. Es la misma casa, pero no es el mismo hogar.*

*—Cómo se nota que te va la escritura —sonrió Manolo—. Yo no lo podría haber dicho mejor.*

*—Pero bueno, por ahí cuando se jubile se compra una casita en la montaña, ahí en las Puntas de Europa... —insinuó el uruguayo.*

*—Los Picos de Europa. Picos —corrigió Manolo.*

*—Eso, en los Picos de Europa, y se va a comer chorizo hasta reventar —le propuso Martín.*

*—No sé, no sé. Creo que allí no se me perdió nada.*

*—¿No le tira la tierra, sentirse entre iguales, poder hablar con su acento sin que nadie lo señale ni lo trate de bruto?*

*—¿Iguales? —dudó Manolo— No lo creo. Hay un océano de distancia entre los que se quedaron y los que nos fuimos.*

*–Pero acá va a ser siempre el Gallego, el de afuera.*

*–Sí, pero allí soy siempre “el primo argentino” –se lamentó Manolo.*

*–“No soy de aquí ni soy de allá...”, ¿eh? –recitó Martín.*

*–¿Y tú? –contratacó el Gallego.*

*–¿Yo qué? –el Yorugua se hacía el distraído.*

*–¿No te vuelves al Uruguay?*

*–Quizás algún día.*

*–iPero hombre, que está aquí al lado! –a Manolo le parecía obvio– Te coges el barco y estás en dos minutos. Vas y vienes, como quien dice.*

*Martín asintió con la cabeza, pero no quiso seguir hablando. El Gallego, comprensivo aunque intrigado, no lo forzó. Sin saber qué era, intuía que había alguna cosa que no le permitía volver a la Banda Oriental, o algún asunto que lo retenía en Buenos Aires.*

## ***Diamante***

La charla pasó a debate, de ahí a polémica y de ahí a lucha encarnizada. Los amigos hablaban con la pasión que solo se demuestra cuando se tratan cuestiones vitales para el ser humano, como la religión o la política.

–¡Es así, es así! –gritaba el Rober, agarrado a la mesa con las dos manos, como si quisiera evitar que se le escapara corriendo sobre sus cuatro patas.

–Tampoco la pavada, Rober, tampoco... –rebatía con fastidio el Negro, en el punto álgido de la discusión, atrayendo la vista de todo el café.

Cacho intentaba contemporizar:

–Bueno, ni uno ni otro, es un poco de todo...

Mandrake, mientras se subía el cierre del pantalón a la salida del baño, y sin saber bien por dónde venía la conversación, intervino sin dirigirse a nadie en particular:

–¡No jodás! No jodás que todos sabemos cómo es la cosa, viste.

–Lo que pasa es que vos te quedaste en los setenta, ¿me entendés? –recriminaba Julito al Rober con la boca llena de manises.

–¿Qué setenta ni qué ocho cuartos? –se defendía el Rober– Acá lo que pasa está muy claro: hay gente que no se banca el pensamiento popular, ¿sabés? Acá hay gente que no se banca, por ejemplo, que haya un líder, un tipo que dirija la cosa.

–¿Pero de qué líder me estás hablando? Hoy en día, eso del líder no va más. Acá hay que hacer las cosas entre todos –insistía el Negro.

–No te hagás el comunista, Grone –eructaba Mandrake, sacándose restos de aceituna de entre los dientes.

–Bueno, che, todo depende de cada momento y de cada situación... –murmuraba Cacho, tapado por el bullicio de los otros.

–Ni líder ni nada. Mirá Europa, ¿eh? Ahí no hay nada de eso, viste, y les va mejor que a nosotros –argumentaba Julito.

–Bueno, ya salió el cheto de Europa –viró de golpe Mandrake, aplastando un moco contra una servilleta de papel.

–Tá bien, vos decí lo que quieras, ¿pero les va mejor o no les va mejor? –insistió Julito, algo apocado.

–No me hablés de los europeos, que esos arreglan todo con guita. Acá hablamos de otra cosa, señor. Acá hablamos de mística, de sentimiento –explicaba el Rober apretando los puños contra el pecho.

–Pero con la mística no vas a ningún lado, pelotudo –contratacó el Negro–. La mística es para la gilada. Acá lo que importan son los resultados.

–Eso, y en Europa les va fenómeno –acotó Julito.

–A ver, escuchame: ¿a quién recuerda la historia? ¿Eh? ¿A un tipo del montón, que pasó sin pena

ni gloria? ¿O a un líder, a uno que marcó la diferencia? ¿Eh? Decime, dale, ¿eh? –desafió el Rober.

–¡Ja! ¡Te cagó! –rió Mandrake, tapando un pedo con la carcajada.

–La historia recuerda al conjunto. Los hombres siempre son anecdóticos –ilustró el Negro.

–Bueno, no exactamente... –matizaba Cacho sin que nadie lo oyera.

–Lo tuyo, Negro, es de una ingenuidad pasmosa –teorizó el Rober.

–¿Ingenuo yo? –respondió el Negro incrédulo.

–Eso, el ingenuo sos vos, Rober, ¿no ves que los tiempos cambian? –se solidarizó Julito con el Negro.

–A ver, a ver si me entienden: hay cosas que son eternas, que funcionan siempre, desde que el mundo es mundo –volvió a empezar el Rober.

–Bueno, hay muchas cosas que funcionan, pero no todas son igual de eficaces... –gesticulaba Cacho, empleando sus manos como si fueran balanzas.

–¿Qué hacés, salame? ¿Acá quién habla de tocar tetas? –malinterpretó el gesto Mandrake.

–A ver, manga de forros, cortenlá, que acá la gente está hablando de cosas serias –regañó el Negro a los dos anteriores; y después se dirigió al Rober, apuntándolo con el índice de la mano derecha: –Hay cosas que funcionaron en su contexto, en su época, con los medios y la mentalidad que había en la época. Pero las cosas cambian. Ya no estamos en esos tiempos en que había que improvisar y encomendarse a un tipo iluminado. Ahora se pueden analizar las cosas, estudiar, planificar...

–¡Andá a cagar, boludo! –interrumpió el Rober– ¿Qué querés inventar? Las cosas son más simples que todo eso.

–No, no, no, todo tiene su ciencia. Fijate si no... –empezó a argumentar Julito, pero se le escapó la cerveza de la boca y no terminó la frase.

–Ni ciencia ni paciencia –aprovechó el Rober para contratacar–. Para lo único que sirve la ciencia es para que haya treinta pelotudos en un edificio inventándose estadísticas. Y lo que hay que hacer hay que hacerlo y punto. Esto es pura práctica, pura acción. Y el que no se dé cuenta es un pelotudo.

–¿Ah sí? ¿Sabés qué te digo? –gritó el Negro poniéndose de pie y rascando billetes en el bolsillo– Que te quedés vos con tu líder y la reputa madre que lo parió. Así nos va como nos va, esperando siempre el milagro del mesías, el salvador de la patria y la redomada concha de la lora.

–Bueno, che, no nos pongamos así... –calmaba Cacho, aunque la solitaria e inerte azucarera de la mesa le hacía más caso que sus amigos.

El Negro se fue y no dio un portazo porque era verano, hacía calor, y el dueño del bar tenía la puerta abierta de par en par. Julito hizo un gesto de disculpa, se apuró a bajar la cerveza y, tosiendo del atragante que tenía, se fue detrás del Negro. Mandrake se puso a tirarle cáscaras de maní a Cacho, como si no tuviera otra cosa mejor que hacer. Y el Rober, algo abatido, se recostó sobre la mesa:

–Nada, nada. 4-4-2, con un rombo en el mediocampo. El Diamante. Un tipo en cada banda, un cinco y un diez. Un diez, como los de antes. Eso es lo

único que siempre funciona en el fútbol –concluyó el Rober, rumiando como para sí, ya sin nadie que lo escuchase.





## ***Jerónimo***

Cuando Cacho llegó al bar, Mandrake estaba intentando pegar un moco en la servilleta de papel; parecía empeñado en no pegarlo de cualquier manera, sino con una forma específica, algo que solo él podía saber qué era. Mientras, el Rober miraba en la pantalla de TV los apasionantes goles del Ascenso; era el turno del 1-0 de Douglas Haig.

–Buenas, ¿alguien lo vio a Jerónimo? –preguntó Cacho nomás llegar.

–¿Jemórino? ¿Qué Jemórino? –se trabucó Mandrake, todavía distraído en lo suyo.

–Jerónimo, gil. El Jero –precisó el Rober.

–¡Ah, sí! ¡El Jero Pajero! –recordó Mandrake– No, todavía no lo vi.

–Yo tampoco, ¿por? –se interesó el Rober.

–Tengo que aclarar unas cosas con él –contestó Cacho, críptico.

El Rober, que estaba aburrido, iba a seguir preguntando cuando llegaron el Negro y Julito, serios y enfadados.

–¡Claro! No podés ir así por la vida, viste –le decía el Negro a Julito.

–Al final, la culpa es de uno. ¿Qué te podés esperar de un tipo como ese? –acompañaba Julito.

–¿Qué pasó? ¿De quién hablan? –chusmeó el Rober, al que la energía de los recién llegados le parecía más estimulante que la mufa mal disimulada de Cacho.

–Del Jero. El Jerónimo –explicó el Negro.

–Resulta que anda contando cosas de la gente por ahí que... Cosas que no se hacen, ¿sabés? –añadió Julito.

–No me jodas. ¿Con ustedes también? –se prendió Cacho.

–¿Qué pasó? ¿Qué hizo? Cuenten, cuenten... –se desesperaba el Rober, intentando mirar a los tres ofendidos a la vez.

–¿Te acordás de la Betty, la hija del panadero? –empezó a contar Cacho.

–Sí, cómo ovidarla... –suspiró el Rober.

–Resulta que volvió de Estados Unidos y me la encontré el otro día por la calle. Está divina, no sabés –dijo Cacho con la mirada perdida en su imagen mental de Betty.

–Buena chica, ideal para vos, Cachito –acompañó el Negro.

–Y si mal no recuerdo, era una tipa inteligente, con las ideas claras –añadió Julito, no sin cierta envidia.

–Eso pensaba yo. Nos cambiamos los teléfonos, todo bien... pero cuando la llamo, me empieza a salir con excusas, que hoy no puedo, que justo me tengo que ir al interior a visitar unos parientes... –el semblante de Cacho se tornó sombrío.

–Te dije que era una mujer inteligente –intentó bromear Julito.

–Nada que ver. ¡La culpa la tiene el Jero! –estalló Cacho– Cansado de no tener respuestas concluyentes (viste, porque si no me quiere ver, me lo dice directamente y todo bien, ¿no?) me fui derecho a la panadería del viejo. Pero ahí, antes de que pudiera hablar con el panadero, me atajaron doña Clotilde y Hermenegilda: me pararon en seco y me advirtieron de que ni se me ocurriera hablar con el tipo porque andaba recontra enojado conmigo; según parece, le habían llegado rumores de que yo estaba hecho un mujeriego y que me quería cepillar a la Betty así como así para después dejarla tirada. ¿Te das cuenta? ¡A la Betty! ¿A quién se le puede ocurrir semejante cosa? ¡Si Betty es mi amor imposible desde la secundaria!

–¿Y quién le fue con el cuento? No me digas nada: ¡el Jero! –adivinó el Negro.

–Ese hijo de p... –se contuvo Cacho– Las dos viejitas me dijeron que no sabían quién había soltado ese rumor mentiroso, pero por lo visto el Jero había estado yendo asiduamente a la panadería, mañana y tarde, el desgraciado, para llenarle la cabeza al panadero en contra de mí.

–Claro, y ahora andá a arreglarla. No me extraña que la pobre Betty no sepa cómo evitarte: por más que quiera y no se deje influir por las mentiras del Jero, andá vos a enfrentarte con el panadero –razonó Julito.

–Y vos todavía la sacaste barata, Cachito –intervino el Negro–. Si vieras lo que ese sorete me hizo a mí...

–Escuchá, escuchá porque esto no tiene desperdicio –invitó Julito, que conocía la historia, para que Cacho prestara atención.

–Estaba yo el otro día lo más tranquilo en casa cuando me tocan el timbre: la policía –relató el Negro–. “Buenas, agentes, qué se les ofrece”, les dije yo con tono amable, porque eran dos uniformados. “No te hagás el pelotudo y entregate”, me soltó entonces uno de los canas. “¿Perdón?”, yo no salía de mi asombro. “Mirá, perejil, acá todo el barrio sabe que vendés droga a los pibes del colegio, y la cosa no está ahora como para jodas, así que venite con nosotros calladito y entregá la falopa”. Me quedé petrificado.

–¿Vos vendés droga, Negro? –se rió el Rober, al que le hacía gracia la historia inverosímil.

–No te riás, boludo, que la cosa era tensa –interrumpió serio el Negro–. Uno de los canas se metió para adentro y empezó a revolverme la casa, mientras yo les decía que sin orden no tocaran nada. “¿Querés una orden, tarado?” me dijo el otro policía, manoteando la pistola como amenaza. Después de como media hora de enquilombarme todo sin orden judicial, con los vecinos asomándose por las ventanas para ver qué pasaba, los policías (obviamente) no encontraron un carajo. El que hablaba me dijo: “Esta vez te la dejamos pasar, pero como escuchemos que seguís en la tuya, la próxima vez no vamos a ser tan amables. Y ahora nos pagás la nafta del patrullero que gastamos para venir acá”.

–¡Encima lo coimearon! ¿Te das cuenta? –Julito estaba indignado.

–¿Y de dónde sacaron los canas que vos vendías droga? –se interesó el Rober.

–¿De dónde va a ser? –se ofendió Julito– ¡El mogólico de Jero!

–¿Y a raíz de qué te denunció? –seguía contrariado el Rober.

–Yo qué sé –bufó el Negro, como si su enfado fuera explicación suficiente. Después arriesgó:– Capaz que de envidioso. La pared de mi pieza da contra la suya, y alguna de esas noches en que viene la Colorada... Yo qué sé...

–Pero si le molesta el ruido, que te denuncie por ruidos molestos, loco –razonó Cacho–. Ahora te quemó con la gente del barrio, seguro que la mitad ya están convencidos de que sos un narcotraficante.

–Por ahí eso es lo que espera, que te vayas del barrio –especuló el Rober.

–¿Y a mí, entonces? ¿Quiere que me echen del laburo? –se preguntó Julito.

–¿Qué te hizo a vos? –se intrigó Cacho.

–Resulta que el otro día llego al estudio a la mañana, después de pasar por Tribunales, y me lo encuentro a Jerónimo saliendo del edificio –narró Julito–. Nos saludamos con un gesto, apenas, y yo seguí de largo. Cuando llegué arriba, estaban los socios esperándome en mi sitio. “Tenemos que hablar”, me tiró Sikorsky y me metieron en la sala de reuniones. “Mirá, Julio”, empezó Cipolletti, “nosotros no tenemos problemas en que, si querés asesorar a un familiar, lo hagas, incluso sin consultarnos a nosotros. Pero otra cosa muy distinta es que aceptes encargos particulares por tu cuenta: eso ya es robarnos clientes abusándote de tu posición en el estudio”, resumió. “Y no te olvides de que nosotros somos abogados, buenos abogados”, remató Sikorsky, sin que hicieran falta más amenazas. No hubo manera de que yo les explicara que jamás se me había pasado por la

cabeza semejante cosa, que no sabía quién les había contado qué, pero que yo podía desmentir todo con la conciencia absolutamente tranquila. Los socios me escuchaban serios, como si yo estuviera balbuceando incoherencias para salvar mi vida y, cuando terminé, Cipolletti me miró por encima de los anteojos y concluyó: “Ahora no vamos a hacer nada, nosotros no actuamos sin pruebas. Pero estás avisado, te estamos vigilando”. Y Sikorsky agregó: “Ah, y a partir de mañana no vas más solo a Tribunales. Cuando salgas, vas con Madariaga”. Y punto.

–No me digas nada: el Jero les fue a contar boludeces a tus jefes –supuso el Rober.

–Y, mucha coincidencia... –bufó Cacho.

–Lo que todavía no me cuadra es el porque –meditó el Negro.

–Es que no me dio tiempo de contártelo antes –respondió Julito–. Resulta que hace una semana o por ahí, salió el fallo del juicio al primo de Jerónimo, y le salió en contra: le tiene que pagar a nuestro cliente un fangote de guita de indemnización. Y esta porquería del Jero, en vez de asumir que la Justicia funciona y que uno acá hace su trabajo, se pone en vengativo y empieza a jugar sucio.

–¡Qué choto! ¡A este coso habría que matarlo! –se indignó el Rober.

–Y a ustedes también –intervino por primera vez en la conversación Mandrake, quien parecía haber logrado su cometido con el moco y la servilleta.

–¿Qué decís, salame? –le sonrió Cacho, pensando que Mandrake hablaba en broma.

–Digo, si al Jero Pajero hay que matarlo porque anda esparciendo rumores infundados, a ustedes

también –razonó Mandrake–. ¿Qué pruebas tienen contra Jerónimo? ¿Las sospechas de dos viejas chismosas de la panadería? ¿Que el Jero es vecino del Negro? ¿Que Julito se lo cruzó de casualidad el día en que alguien lo difamó? Yo no veo pruebas: oigo dimes y diretes y especulaciones. Ustedes no son mejores que la idea que tienen de Jerónimo –sentenció Mandrake muy circunspecto.

Se hizo un silencio momentáneo en la mesa. Cacho estuvo a punto de responder encendido, pero algo lo detuvo, algo dentro suyo tiró de las riendas a tiempo; Julito se miró con el Rober, como buscando en el rostro del otro una explicación; y el Negro arqueó una ceja y desvió la mirada al suelo.

–Capaz que soy poca cosa para la Betty, y ya está... –se resignó Cacho, como si soltar la verdad tan temida consiguiera, a la vez, convertirla en realidad pero también aligerarle un peso.

–Y, la Betty es mucha mujer para cualquiera, sí –acompañó Mandrake con palmaditas a Cacho, dando a entender que no había otra explicación.

–¿Y si los canas se la agarran conmigo porque soy morocho? –dudó el Negro– No sería la primera vez. Al final de cuentas, yo sé que hay problemas en el colegio con las drogas y los policías tienen que hacer como que hacen algo. Puede que sea algún compañero suyo el que les vende falopa a los pibes. Pero claro, alguien tiene que pagar los platos rotos de cara a la gilada, y qué mejor que el *negro*... –acabó de victimizarse el Negro.

–Suelen hacer eso: asustan a un perejil, simulan tomar medidas, y mientras tanto cambian de táctica, de punto de venta –explicó Mandrake–. Dentro

de una semana, los pibes van a comprar droga en otro lado, con más disimulo, y el barrio va a estar convencido de que el problema se solucionó.

—¿Y si en vez del Jero fue el puto de Madariaga? —se encendió Julito— Ese choto es un trepador y es capaz de vender a la madre con tal de escalar un peldaño.

—Ustedes sigan pensando, que yo me voy a ver al Jero Pajero —se despidió Mandrake—: le compró un departamento en el Centro al panadero y yo lo voy a ayudar con la pintura. Ahora que los hijos se fueron, la casa se le queda grande; piensa que el barrio se echó a perder y prefiere mudarse a algo más chico en el *trocén*. Además, con la diferencia de lo que le dan por la casa actual, fue a la inmobiliaria que está en el edificio donde trabaja Julito y se consiguió una casita en un pueblo, para ir algún fin de semana y en los veranos. Con un poco de suerte, no se lo cruzan nunca más —reprochó Mandrake, antes de abandonar el bar anormalmente serio.



*Quizás el afán de conocer el misterio que encerraba Martín el uruguayo en ese semblante tímido y retraído (el misterio de su llegada, el misterio de su escritura, el misterio de su desaparición) fue lo que movió al Gallego para que se sumergiera en esas páginas garabateadas con letra apresurada y a veces ilegible, donde costaba distinguir las r, de las n y las m, donde una f podía parecer una t, la a se mezclaba con la o, y donde otras veces una línea irregular podía estar en lugar de cualquier letra. Así, con un poco de paciente e improvisada labor de perito caligráfico, criptógrafo y paleógrafo, Manolo pudo descubrir que todo el cuaderno estaba plagado de diálogos a modo de escenas sueltas, de pequeños cuentos o entremeses.*



## ***Parafasia literaria***

Los muchachos, de vez en cuando, se acordaban de Alfonso. Duró poco entre la barra, así que no llegaron a darle un apodo. Razón de más para que se les olvidara su existencia, o se confundiera en la distancia con otros Alfonsos más o menos cercanos.

Alguno sugirió (mucho después) llamarlo *Alfonso el breve*, por el escaso tiempo que compartió mesa en el bar. Pero Cacho recordó que ya habían apodado así a uno de sus ex compañeros de trabajo (*Alfredo el breve*, en ese caso) que entró a trabajar un lunes por la mañana y renunció ese mismo lunes por la tarde.

Así las cosas, Alfonso fue, es y será solamente Alfonso. Y esta no es la primera anomalía del personaje. La más importante (y causa de su alejamiento) era la forma de hablar. Se expresaba de una manera realmente extraordinaria:

—¿Qué acelga, Alfonsito? —lo saludó un día Mandrake.

—Detenido en el presente, sublimando las asperezas del tedio cotidiano —respondió el otro casi sin pensar, tal como le vino.

Después de una respuesta así, gente como Mandrake dudaba sobre cómo proseguir la conversación, y acababa formándose un silencio incómodo.

A Alfonso lo habían conocido por casualidad. Lo escucharon hablar en otra mesa y les pareció que era un tipo digno de compartir sus vivencias y opiniones con la barra.

Sentado un poco más allá, contra la ventana, apenas visible detrás de otro grupo de viejos parroquianos que jugaban al truco, y con el sonido del canal de noticias que se interponía cada dos por tres, sus palabras llegaban a los muchachos de vez en cuando, como oleadas de sabiduría popular:

—La vida es como el fulbo —decía Alfonso, de repente—: te la pasás corriendo como un pelotudo, persiguiendo una forrada tan insignificante como una pelota de mierda, y cuando la tenés en las patas ipum! la reventás al carajo.

Ese tono de reflexión se mantuvo durante casi una hora. De la boca de Alfonso brotaban sentencias sobre todas las áreas de la vida:

—Los minones son como un auto: cuando está cero kilómetro, no ves la hora de montarte encima; cuando por fin es tuyo, lo cuidás un montón y no dejás que nadie te lo toque, ni que te lo mire. Pero cuando se va haciendo viejo y se le empiezan a caer los cachivaches, cuando ya le metiste más kilómetros que la Panamericana, entonces le dejás de dar bola y lo querés cambiar por una moto.

Nadie vio con quién hablaba Alfonso (parecía otro muchacho de su edad, de espaldas). Del otro no recordaban gran cosa, apenas que sonaba

más pomposo que Alfonso, incluso algo impostado, forzado.

A la distancia, tenía pinta de ser una conversación muy moderada, con prolongados turnos en que uno y otro asumían alternativamente la palabra. Pero poco pudieron saber, ya que no consiguieron oír la charla entera: con frecuencia se elevaba un griterío entre los veteranos que jugaban al truco, mezcla de carcajadas, gastes al rival, protestas, recriminaciones y reproches; estas interrupciones hacían imposible cualquier espionaje.

—Los políticos son todos chorros —se le oyó decir por último a Alfonso aquel día—, pero todos los chorros son también políticos. Chorear es bancarte una posición política: si sos chorro de guante blanco, sos garca, conserva; si sos chorro de bancos, te hacés el zurdito, el Robinjú; y si robás gallinas te la das de anarquista, ¿la cazás?

A la barra le hizo gracia aquel personaje. Así que una semana después, cuando lo vieron sentado solo otra vez en aquella mesa (como si esperara infructuosamente al interlocutor del otro día), a alguien (el Rober, o quizás Julito) se le ocurrió pedirle que se sumara a la tertulia.

—Che, flaco, venite pa'cá —le dijeron.

Alfonso, un poco tímido, se acercó con la expresión de quién pregunta en qué puede ser útil.

—¿Esperabas a alguien? —inquirió el Negro.

—Uno espera cuando hay esperanza; cuando no, desespera. La eternidad del instante es la expectativa incierta de quien no sabe si llegará por fin

el tiempo señalado del encuentro anhelado o, en cambio, toda vigilia inerte resulta un marchitarse inútil.

Los muchachos se miraron con desconcierto. Cacho aventuró:

–Creo que lo dejaron plantado.

Mandrake acercó una silla y dejó restos de aceite, sal y papafritas en el respaldo. Alfonso agradeció con una diminuta reverencia y se sentó.

–A ver, habías quedado con alguien y te garcaron... –insistió el Negro.

–Quizás. Cualquier promesa ligera encierra su traición, y tal vez la falta de compromiso es una forma de compromiso con uno mismo.

–¡Tomá! –festejó Mandrake, que no había entendido ni media palabra.

–¿A qué te dedicás, flaco? –cambió de tema el Rober.

–Quizás a vivir, a perdurar, a pasar el tiempo. Porque uno no es quien cree ser, sino lo que las indolentes circunstancias deparan a cada quien en los entresijos de un destino que, solo retrospectivamente, se revela inevitable –sentenció Alfonso, con un largo suspiro final.

–O sea... –acompañó Mandrake, girando la mano en torno a la muñeca, dando a entender que eso merecía una explicación adicional.

–Mi ser fluye en las palabras que no encuentran consuelo en el alma evanescente y marchan a través de la pluma voraz hacia horizontes de papel, donde las aguardan promesas de retinas benévolas que harán de ellas su camino a la trascendencia –agregó entonces Alfonso.

Tras unos segundos de respetuoso, inseguro y algo cortante mutismo, Cacho se animó:

–Creo que es escritor... Bah, digo yo –indicó a los demás.

Alfonso, en un gesto entre abatido y aliviado, solo asintió con la cabeza.

En la mesa reinaba un clima de decepción. ¿Dónde estaba aquel muchacho que había expresado tan claramente, de manera concisa y directa, sin rodeos, perífrasis o circunloquios, su visión sobre la vida? ¿Quién era este impostor, este petulante individuo que pretendía excluir a Mandrake (y acaso a alguno más) de la conversación? En cualquier caso, ya era tarde para echarlo, así que optaron por retomar la charla previa a la llegada de Alfonso.

–Estábamos hablando de si las minas con tatuaje son o no peligrosas, o más peligrosas que las minas que no tienen tatuajes –explicó el Rober, con la esperanza de que el tema de conversación transformara a Alfonso en el chabón que creían haber conocido siete días atrás.

–¡Ah, sí! –se sonrió Mandrake, entusiasmado con la idea de recuperar el hilo perdido y escupiendo manises cinco metros a la redonda– Cuanto más grande el *tuataje*, peor.

–No, yo creo que es al revés: un tatuaje es marca de carácter, determinación, claridad de ideas, constancia y coherencia –repuso el Negro–. ¿Vos sabés lo que duele hacerse un tatuaje? Duele una bocha. ¿Y te das cuenta de que dura toda la vida? Tenés que estar muy seguro de lo que vas hacer, de lo que querés.

–Tal vez *debería* ser así, pero no lo es –contradijo Julito–. Los tatuajes son como el matrimonio: la mayoría de la gente es irresponsable y se compromete con ligereza, con superficialidad. Por más que *supuestamente* sea para toda la vida, todos saben que se puede abortar en cualquier momento. Los tatuajes se tapan con otros tatuajes o, como en un divorcio costoso, se borran con láser.

–Libertad esclavizante, estigma voluntario, agresión estética, grito mudo, pasión paciente, eternidad efímera... –recitó Alfonso.

Nuevamente, el silencio ganó la mesa durante unos segundos.

–*Totum revolutum...* –intentó continuar Mandrake, dubitativo.

–A ver, no nos desviemos de la cuestión –intervino el Rober–, que acá no estamos hablando del tatuaje en sí, sino de la peligrosidad de las mujeres tatuadas.

–Eso, y yo creo que sí –dijo Cacho.

–¿Que sí qué? –le preguntó el Negro.

–Que son más peligrosas que las no tatuadas. Sea como sea, algo te falla en el marulo para hacerte una mancha en el cuerpo icon una aguja! Pensalo bien: te estás inyectando tinta, que es veneno, bajo la piel, durante horas, ¿para qué? Hay que estar mal... –se explicó Cacho.

–O no –se opuso otra vez el Negro–. Hay que ser valiente para tatuarse. Una mina que no está tatuada quizás querría hacerse el tatuaje, pero no le da el cuero, nunca mejor dicho. O no lo hace porque vaya a saber uno qué historia. Y esa puede ser peor que la otra, porque te lleva a engaño.



–Yo... –eructó Mandrake– yo pienso de que depende de dónde esté el *tuataje*. Si es en el hombro o en el tobillo, es cosa de conchetos como Julito. Con perdón, Julito, pero esa mierdita que tenés ahí en el hombro es una mariconada para hacerte el malo, pa' figurar. Pero si es en... ahí abajo...

–En la ingle –precisó Julito, algo ofendido.

–Eso, ahí abajo, o en el culo, o en las tetas... Entonces es otra cosa. Ahí hay guerra, viste –concluyó Mandrake.

–La soledad de la muerte se vislumbra en la imagen del propio cuerpo desnudo en la sinceridad irreflexiva pero reflectante de un espejo impiadoso –acotó Alfonso.

Silencio.

–Oíme... ¿cómo te llamabas? –dijo el Rober a Alfonso, al cabo de medio minuto.

–Alfonso.

–Oíme, Alfonso, ¿por qué hablás en difícil? –preguntó el Rober algo molesto, considerando la posibilidad de que Alfonso acabara resultando un intelectual pedante.

–Parafasia literaria... –se limitó a responder Alfonso, casi conteniéndose para evitar que se le escaparan las palabras.

–¿¡Lo qué!?! –pareció decir Mandrake mientras tragaba cerveza y soltaba una ventosidad.

–Aciago destino del hombre correcto en el lugar equivocado, el ingenio dotado que tiende puentes imperecederos sobre ríos inexistentes, del alma virtuosa que anida en el cuerpo decrepito de los condenados... –intentó explicarse Alfonso.

–¡¡Pará un poco, querés?? –lo cortó el Negro, que tenía ganas de agarrarlo de la camisa y pegarle un par de sopapos.

Silencio muy incómodo. Hasta que Cacho reaccionó:

–Ahhh... ya entendí... –sonrió, mientras palmeaba a un cabizbajo Alfonso, consolándolo– Paraf... ah... liter... ¡claro!

–¿Y? ¿A qué esperás? Contalo así nos reímos todos –incredó Julito.

–Acá, el amigo Alfonso habla como se escribe y escribe como se habla –desveló Cacho.

–¿Cómo dice? –interpeló el Rober.

–¿A que el otro día, cuando viniste con el otro pibe, estabas leyendo? –preguntó Cacho a Alfonso.

Alfonso asintió con la cabeza.

–Ahí lo tenés: Alfonso leía algo que estaba escrito, aunque era un registro tan coloquial que pensamos que estaba hablando con el otro. Pero estaba leyendo –resolvió Cacho.

–¿Y eso qué tiene que ver con que ahora se haga el interesante? –cuestionó el Negro.

–No entendés: el pobre no puede hablar como vos o como yo. A él le salen frases de libro. Pero cuando escribe, le salen frases de bar –continuó Cacho.

–Pobre chabón –se condolió Mandrake, con el meñique incrustado en la nariz.

–¿Y eso cómo se arregla? –quiso saber el Rober, con algo de culpa y a modo de disculpa.

–Inciertos designios de la fortuna, misterios pantanosos del alma descarriada, enigmas del saber ignorante que ciernen su tormento de hielo sobre

aquellos que se desviven por convertir en verdad la muerte de lo falso –dijo Alfonso, meneando la cabeza.

–Ni puta idea –tradujo Cacho.

El último silencio incómodo se asentó en la mesa. Nadie sabía cómo proceder. No podían hacer como si nada, pero tampoco podían ayudar a Alfonso. Y estaba visto que no podían mezclarlo en las conversaciones casuales e improvisadas sobre nada en particular y todo en general que solían dominar sus encuentros. Y Alfonso parecía comprenderlo.

Al cabo de treinta o cuarenta largos segundos, Alfonso se levantó, hizo un amago de reverencia y saludó con la mano. En la boca, una mueca torcida a modo de sonrisa pretendió ser un gesto de gratitud que las palabras no podían expresar.

Después de aquello, los muchachos de la barra se lo encontraron varias veces más. Alfonso acudía al bar, esperaba un rato, los saludaba, intercambiaba unas breves palabras (que en la barra no siempre sabían interpretar) y, si el compañero literato no aparecía, se iba pronto a casa. A los cinco o seis meses dejó de aparecer.



## Coso

Todos en la mesa estaban afanándose por explicarle al Rober cómo se hacía la cosa.

–Es así, viste, como *coso*. Más o menos –describió el Negro.

–No sé, no sé... –dudó Cacho– Yo me lo hacía más... cómo te digo... otra onda.

–Yo creí que era más tipo eso que decía Mandrake, entre este de ahí y el otro que comentábamos antes –se explicó Julito.

–No cazo un *fulbo* –se excusó el Rober–. A ver si me lo cuentan bien, porque así, viste, no sé, como que a mí no...

–¡Que sí, hombre! –gritó el Gallego desde la barra– Que tiene el *chisme* ese y tal y eso.

–Claro, boludo –precisó Mandrake–, viene con una *monga* ahí, como la otra *garompa* esa que tenía Coso.

–¿Qué Coso? –intentó identificar el Rober

–¡Coso! El pibe del otro grandote, el que andaba con esta del boliche de para allá –indicó Cacho.

–Ah, sí, me acuerdo de Coso... –reaccionó el Negro– Ahí lo tenés, Rober, ese tenía ahí el tema como yo te digo. O por ahí andaba...

–No me acuerdo... –rumiaba el Rober– ¿No será como el *cuchitrulo* que tenía el viejo... ¿cómo se llamaba? El viejo choto ese del barrio, ahí donde vivía tu prima.

–¿Qué viejo? –respondió Julito, interpretando– Mi prima no vivía con un viejo.

–No, tu prima, no. La prima de este –corrigió el Rober.

–¿Qué prima? –se extrañó el Negro.

–¡No, boludo! Él dice tu primo, el que andaba con la mina esta, el de la *truchada* esa del... ¿te acordás? –repuso Cacho.

–¡Ah, sí, el primo y la prima, claro! –recordó Julito– Pero no, nada que ver. El viejo de ahí tenía uno de esos... de los antiguos, como los de las películas en blanco y negro, onda *vintage*, ¿sabés?

–*Vintage*, no, salame. Era antiguo de verdad –corrigió Cacho–. Tenía *chiquisientosmil* años en serio. Lo que pasa es que lo cuidaba con el *menjunje* ese y parecía nuevo.

–No entiendo. Si no era como ese, ¿de qué coso me hablan? –se impacientaba el Rober.

–A ver, *boló*, seguro que vos lo viste. Lo que pasa es que Coso le había hecho unos *tejemanejes* así, como para que pareciera más *fifi*, pero en realidad era uno del montón –reconstruyó el Negro.

–Ah, o sea que no era así originalmente –se desazonó el Rober.

–No, claro. Primero, viste, lo agarró y *ipim!* Y entonces recién va y después *pam-pam, pim-pum*

y listo –graficó Mandrake, moviendo las manos velozmente como si manejara martillos o practicara karate.

–Ya me acuerdo yo –señaló el Gallego desde lejos–. Montó un *tinglado* y unos *telares* que ni pa' Dios.

–¿Pero cómo hacés la cosa así? ¿No es un poco jodido? –se extrañó el Rober.

–No, porque primero lo agarró onda que así... –empezó a explicar Julito, pero lo interrumpió el Negro gesticulando con las manos.

–Claro, claro, lo pasás ahí... *plin-plin-plin...* después lo metés en el *chongo* y *na-na-ná*, y entonces te queda *pipí-cucú* –sintetizó.

–¿Pero cómo le va a engrampar el *pituto* sin un *sorongo* de esos industriales? –continuaba el Rober extrañado.

–¿Qué *sorongo* ni *sorongo*! –intervino Cacho– Vos estás pensando en que lo *choronguizó* con el *sorongo*, pero el tipo lo *tongueó* a manopla.

–¡No jorobes! –se asombró el Rober.

–No te creas que es tan difícil –se anticipó Mandrake–. Si lo *achotás* un poco con el *tracatrá* y después le metés un *pichirulo* de esos, te queda joya.

–En el peor de los casos, lo llevás a un negocio de esos que hacen el... la cosa esa... Bueno, vos vas ahí y le pedís que te lo hagan, a veces hasta te lo dejan gratis –recomendó Cacho.

–Bueno, pero no te olvides de que lo tiene que rematar con unos *pitutitos* de esos que traen las porquerías del *sorete* ese –acotó el Negro.

–O sea que, entonces, con el *coso* y los *pitutos* te queda bien... –reflexionó el Rober en voz alta.

–Bueno, no es igual a uno de los cosos originales, pero la onda es la misma –matizó Cacho.

–Eso sí, con el... el... o sea, el coso ese de ahí –aclaró el Negro.

–Ojo, que si te las arreglás para meterle el *trululú*, la *rupia del paranaque*, el *chorizo* ese y el ETC, entonces ahí ni te das cuenta de que es *trucho* –completó Mandrake.

–Y si le sumás un *aparequio* de esos, te sale re-banana –sumó Julito.

–Vamos, que ni pintao. ¡*Fetén-fetén!* –gritó de lejos el Gallego.

–Siempre que no te olvides de tratarlo bien, con los *potingues* y *trapejos* adecuados –concluyó Cacho.

–Ah, bueno, entonces sí –suspiró aliviado el Rober–. Ahora me quedó mucho más claro.



*Lo que más sorprendió a Manolo era el sentido del humor (a veces ácido, a veces negro, a veces tonto) que encerraban esas conversaciones entre cinco amigos, personajes tan dispares entre sí. Los argumentos absurdos, inverosímiles, no parecían pegar con el carácter sobrio, retraído y triste de Martín. Sin embargo, era su cuaderno, era su letra, eran sus historias.*

*Cinco amigos, cinco actores en un escenario, el bar, su bar. Él mismo, el Gallego, parecía ser otro de los personajes (secundario, pero presente), parte del paisaje en el que los miembros de una barra compartían ideas, miedos, deseos, ocurrencias, por disparatados que fueran, por serios que parecieran, por graciosos o incómodos que resultasen. Era un grupo incoherente pero indestructible, un comando de filósofos callejeros con la misión incierta e imprecisa de descifrar la vida a su alrededor.*

*Era algo que, por otra parte, Manolo jamás había visto en su bar.*



## ***De mal en pior***

Cuando Cacho llegó al bar, Mandrake miraba con desconfianza (recelo, incluso) a Julito, que estaba contento; mientras, el Rober mostraba un gesto que iba de la fascinación a la incredulidad. Pero Cacho no saludó, ni preguntó qué tal, ni se interesó por sus amigos: se dejó caer en la silla, como quien realiza una declaración solemne con el trasero, o como el que busca llamar la atención con estridente disimulo.

–A este no hay quién lo entienda –bufó Mandrake para el Rober, o para todos, o para nadie, mientras sacudía la mano en dirección a Julito.

–¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Vas a agarrar un martillo y empezar a romper celulares? –desafió el Rober.

–No, che, tampoco es para tanto. El celu se me rompió solo. Y yo no voy a obligar a los demás a pasar por la que yo pasé –se atajó Julito, con una sonrisa imperecedera.

Cacho resopló en su sitio, mirando para otro lado.

–A ver, no entiendo un carajo –vociferó Mandrake–, ¿vos no sos... o eras... un fanático de los telefonitos de mierda esos, eh?

–Sí, de hecho lo soy –confundió Julito.

–¿Y entonces por qué tenés esa cara de feliz cumpleaños? –preguntó Mandrake, casi como una queja– Vos tenés que estar triste, hecho bolsa, bajo-neado... Como sigas sonriendo, te borro los dientes de una trompada.

–Dejalo, Mandrake, dejalo –se reía el Rober–. El pibe acaba de recibir una especie de iluminación, un mensaje, una señal del *más allá*...

–Que para este boludo es lo que está *más allá* de la General Paz –murmuró Cacho resentido, como para sí, y como para que los otros oyeran que murmuraba para sí.

–¿Un mensaje? ¿Qué onda? ¿Te mandó un *guasá* el *Estí Yos* desde la nube? –Mandrake ignoró a Cacho y bromeó con inusitada erudición informática.

–Al final, en el fondo, si te das cuenta, estamos en el clásico “no hay mal que por bien no venga” –perogruyó el Rober.

–Y toda solución genera un nuevo problema –masculló Cacho, debatiéndose falsamente entre hacerse y no hacerse oír.

–Yo no voy a generalizar –Julito se dirigía a los otros dos–, pero sí te digo que de vez en cuando está bueno que algo te corte la rutina, que te saque de las obsesiones diarias, que te haga recuperar cosas que, de tan olvidadas, te habías olvidado de que las habías olvidado. Y si tiene que ser así, un poco por azar, otro poco por la fuerza, bienvenido sea.

–Eso, es como parar la pelota, exactamente –ejemplificó el Rober–. A veces la frenás vos, porque lo ves venir, porque medís el *timing* del partido y ves

que hace falta bajar un cambio, meditar, dejar de correr arriba y abajo como un loco, al pedo. Pero otras veces son las circunstancias las que paran la pelota por vos: un lesionado, una pausa para tomar agua, un hincha trepado al alambrado, un perro suelto en la cancha, un chaparrón repentino, un apagón en el estadio... Cualquier cosa que te sirva para pausar, cambiar de ritmo, pensar.

–¡Pf...! –soltó Cacho desviando la vista ostensiblemente en dirección opuesta a sus camaradas– Ya salió la *pelotudez* –musitó luego, con un juego de palabras en el que dejó resonando solamente la última, ocultando deliberadamente las primeras en un ronroneo gutural y siseante.

–Al final, todo se resume en tiempo –concluyó Julito, como si no hubiese oído a Cacho.

–¿Tiempo? ¿Y con qué te vas a comprar otro de esos celulares conchetos? ¿Con tiempo? –protestó Mandrake.

–No, claro que no. Pero que se rompiera el anterior me hizo descubrir que tengo mucho tiempo para aprovechar, tiempo que estaba desaprovechando mientras creía que estaba aprovechando el tiempo –enredó Julito.

–A mí me pasa eso cada vez que se acaba el campeonato: de golpe, los fines de semana parece que duraran más, las tardes y las noches vuelven a existir, y los domingos resulta que tienen parques y paseos por la Costanera –reivindicó el Rober.

Cacho no aguantó más y, en vista de que no le hacían caso, decidió pasar al ataque:

–¿Se puede saber de qué *mieeerda* están hablando? –exigió saber con prepotencia.

–De lo que le pasó a este nabo –contestó el Rober con naturalidad y algo de guasa, sin acusar ofensa alguna–. A Julito se le cayó el *smartphone* por el balcón, se le hizo crosta y, en vez de sumirse en una depresión incurable, resulta que se puso contento.

–Bueno, tampoco fue tan así. Al principio me quería matar. Después quería matar a alguien. Y recién después, cuando me resigné a que ya estaba perdido, empecé a rehacer mis rutinas. Y así fue cómo descubrí la cantidad de tiempo que pasaba con el bicho, y también cómo a veces era una pérdida de tiempo. No te voy a negar que todavía hay momentos en que noto su falta, y eso que ya pasó una semana, pero en general me vino bien. De golpe empecé a leer más en papel (y cosas más interesantes que las ganadas que se comparten *on-line*); tuve una conversación profunda con Romina; volví a cocinar como antes, con tiempo y dedicación; por no decir que desempolvé la guitarra y... ¡qué alegría, boludo! ¡Todavía me sé las canciones del grupito que teníamos en el secundario! –Julito estaba decididamente feliz.

–Y todo eso en una semana... –Cacho se mostraba escéptico– En todo caso, ya se te va a pasar. Y va a ser peor, porque vas a estar sin celular y sin los viejos hobbies, que por algo los habías dejado, no solo por culpa del telefonucho.

–Ahora no sé qué es *pior* –dudó Mandrake– si el boludo de Julito que está contento cuando no debería, o el mala onda de Cacho y la reconcha de tu madre, pelotudo.

–¿Y a este qué le picó? –preguntó el Negro, que acababa de llegar, tarde, con olor a perfume de mujer.

–¿A cuál? –preguntó el Rober.

–Ah, no sé, ¿hay más de un herido? –dijo el Negro mientras se sentaba y gesticulaba su pedido al Gallego.

–Estoy contento –respondió Julito.

–Estoy mufado –respondió Cacho.

–Bueno, mientras lo de uno no dependa de lo del otro... –especuló el Negro divertido.

–No lo creo. A menos que Cacho le haya destrozado el celular a Julito mediante telekinesis con fines oscuros –replicó el Rober, también bromista, intentando llevar la conversación hacia el teléfono de Julito.

–¿Se te rompió el celular? ¿Y estás contento? ¿O eras vos el que dijo que estaba mufado? –se asombró el Negro con Julito, mostrando la misma incredulidad que antes el Rober y Mandrake.

–Eso les estaba contando. De golpe me di cuenta de que había un mundo lleno de cosas ahí fuera –insistió Julito, con el entusiasmo propio del aventurero que acaba de poner pie en unas costas vírgenes.

–¿Y vos, boludo? –inquirió el Negro a Cacho, mientras los otros retorcían la cara indicándole que había cometido un error, que, cuando Cacho está así, es mejor ignorarlo que darle pie a que hable. Demasiado tarde.

–Estoy mufado, en todos los sentidos posibles. Alguien me echó mal de ojo, no sé. Estoy meado por los perros, por una jauría entera. No levanto cabeza, todo va de mal en peor y, cuando pienso que ya no se puede caer más bajo, resulta que todavía queda un escalón más, y otro, y otro...

–Y bueno, Cachito, así es la vida –intentó poner fin el Negro, mediante el recurso habitual a la frase de compromiso.

–Parece como si hablara de la campaña de Racing. ¿No te habrás vuelto racinguista, vos? –lo cargó el Rober, tratando de desviar el tema.

–Aprendé de este ganso –acotó Mandrake, señalando a Julito–, que está contento en el peor día de su vida, o algo así.

Acabado el turno de frases hechas y consejos mecánicos, la barra se quedó en silencio, esperando una reacción de Cacho, o un cambio de tema, que alguien recondujera la conversación lo más lejos posible del malestar pesimista. Mandrake, de hecho, se levantó rascándose el trasero y anunció a viva voz que se iba al baño, saliendo al trote hacia la puerta del hombrecito como si escapara de un posible cataclismo emocional que estaba a punto de desatarse en la mesa.

Pero al cabo de unos segundos, Cacho respiró profundamente y escupió:

–¿Ven, ven lo que les digo? Uno está jodido, bajoneado, en la mala, y ni siquiera encuentra consuelo con los amigos, que te huyen como a un apesgado –y diciendo esto amagó (porque se notó que solamente amagaba) con pararse y marcharse.

–No, pará, boludo –lo detuvo el Negro, sabiendo que eso era lo que Cacho quería oír.

–Nada puede ser tan grave –rebosaba optimismo Julito.

–Estoy al límite. No doy abasto con el laburo –comenzó a recitar Cacho–, no me queda tiempo para nada, estoy cansado todo el día, se me escapó el gato, tengo humedad en el baño, se marchitó el



jazmín, la vecina me quiere denunciar por una grieta en la medianera que no es mi culpa, se me quemó el tubo del televisor, se manchó con lavandina mi pantalón negro preferido, y... y...

–¡Una mina! ¡Lo sabía! –aventuró el Negro.

–¿Otra vez? –el Rober no sabía si reír o lamentarse. Buscó a Mandrake con la vista, pero el otro seguía escondido en el baño.

–Sí, una mina. La conocí el otro día. Trabaja en la oficina, en otra planta. Hablamos a la hora de comer, en la cafetería, y parecía piola –narró Cacho.

–Y está buena, se te nota en la cara –agregó Julito.

–Sí, está buena –se ruborizó Cacho.

–¿Y? ¿Qué pasó? –empezó a impacientarse el Negro.

–Hablamos, comimos juntos y cambiamos los teléfonos. Pero ella me dijo que ya me llamaría... y no me llamó –lloriqueó Cacho.

–¿Pero vos tenés su teléfono, ganso? –se desesperó el Negro.

–Sí, pero ella dijo... –se defendió Cacho.

–Este no aprende más –comentó el Rober a Julito, ante la ausencia de Mandrake.

–Llamala vos, salamín –aconsejó Julito con tono paternal.

–¿En serio? ¿Ustedes creen? –comenzó a entusiasmarse Cacho.

–Más vale, boludo –adoctrinó el Negro–. Cuando una mina te dice que no la llares, te está probando –improvisó después–. Está midiendo tu interés: si transgredís esa pequeña norma, es porque estás interesado, ¿entendés?

–Pero... ¿Y si no es así y se lo toma a mal? –dudaba Cacho.

–Y... si se lo toma a mal es porque en realidad era ella la que no estaba interesada. En cualquier caso, te sacás la duda. No puede ser malo. Sea cual sea el resultado, después de llamarla vas a tener un problema menos, y eso puede significar que se acabó tu mala racha –Julito intentó buscar el lado bueno.

–En serio, ganso. Llamala y sacate la duda. Es más, llamala acá, con nosotros, así te damos una mano, pase lo que pase –alentó el Rober.

–¿Ustedes creen? –Cacho oscilaba entre el entusiasmo y el miedo.

–¡Claro, Cachito, claro! –lo encorajinó el Negro.

–De verdad, para eso estamos acá –lo palmeó Julito.

–¡Vamos campeón! Nosotros te bancamos hasta el silbato final y más allá –apremió el Rober.

Cacho sonrió y sacó su celular. Miró con timidez a sus amigos, añadiendo suspenso, y después desbloqueó lentamente el teclado. “¿Seguro?”, dudó por última vez, mientras sus compañeros lo alentaban con ansiedad, arrimándose en un círculo cada vez más estrecho en torno a su amigo. Cacho rebuscó entre sus contactos y dejó señalado el teléfono de la mujer en cuestión. Miró a los ojos del Negro, al Rober, a Julito, y todos le devolvieron un gesto de aprobación.

Y entonces, de golpe, la mano mugrosa de Mandrake apareció de la nada, arrancó el celular de Cacho y lo revoleó por la ventana. En ese instante pasó un colectivo y aplastó al diminuto aparato con

todas las ruedas posibles, dejándolo despanzurrado en el asfalto con sus tripas de circuitos y silicio desperdigadas en fragmentos irreconocibles.

Cacho simplemente quedó boquiabierto, con los ojos desorbitados, congelado; después se fue encogiendo en su silla, con las pupilas dilatadas y la mente extraviada en los límites de la locura.

—¿Qué hacés, pelotudo? —incredó el Negro a Mandrake.

—¿Pero...? —el Rober no entendía nada.

—No me... no te... no lo puedo creer —se lamentó Julito, que era el único que parecía entender lo que estaba pasando.

—Listo, ya está —se ufanoó Mandrake—. A ver si ahora se te pasa la mufa. Si al tarado de Julito le funcionó, a vos te tiene que funcionar, Cachito —razonó.



## ***Los Newton del mañana***

–Todo lo que nos enseñaron es mentira –suspiró Cacho.

–¡No jorobes! ¡No me digas que la Tierra al final es plana! –se burló el Negro, que estaba de muy buen humor.

–¿Por qué lo decís? –se interesó el Rober, que después se unió al talante humorístico– A ver si te acabás de enterar de que Papá Noel no existe y que San Martín no cruzó los Andes en un caballo blanco.

–No, no es eso –siguió Cacho serio, con expresión triste–. Me refiero a esas cosas de la cultura del esfuerzo, del estudio, del trabajo duro que tarde o temprano va a recibir su recompensa.

–¿Qué pasa? ¿Acaso no es verdad? –intervino Julito.

–No, no es verdad –suspiró Cacho, de nuevo.

–Dejate de joder, Cacho. No me vas a venir vos también con eso de que somos víctimas de las circunstancias y esas cosas. Esa es la excusa que usan los chorros para seguir robando y los revolucionarios trasnochados para romper todo –se indignó Julito.

–Bueno, vamos a ver –se interpuso el Negro–, que las circunstancias influyen. No es lo mismo nacer en la Villa 31 que en Recoleta, no sé si me explico. Uno lo va a tener más difícil que el otro, va a necesitar más esfuerzo, vencer más obstáculos. Puede que ninguno llegue a nada, o que los dos se vuelvan eminencias, o que el cheto de Recoleta acabe arruinado por las drogas y el villero se convierta en físico nuclear de la NASA, qué sé yo. Pero las circunstancias influyen –concluyó.

–Es más probable que te dediques al fútbol si venís de una familia humilde –acotó el Rober.

–No, no, yo no hablo de circunstancias... –corrigió Cacho, que parecía no encontrar las palabras para explicarse.

–¡Tonce de qué corno estás hablando, pelotudo! –vociferó Mandrake, que había estado ajeno a la conversación, haciendo muñequitos de papel con trozos enrollados de servilletas pegados con saliva.

–¡Del azar! ¡Eso es! ¡Somos víctimas del azar! –se iluminó Cacho.

–No, no estoy de acuerdo –murmuró Julito, mientras pensaba el porqué.

–¿Del azar? –se asombró el Negro.

–Sí, del azar –corroboró Cacho–. Da igual lo que hagas, cuánto te esfuerces, al final todo depende de que tengas o no suerte.

–No estoy de acuerdo –volvió a murmurar Julito, y siguió buscando sus argumentos.

–Puede, pero las circunstancias... Si nacés en una villa, vas a necesitar mucha suerte –porfió el Negro.

—No, no tanta. Basta que tengas habilidad con la pelota, como dice el Rober, y ya vas camino al éxito —expuso Cacho.

—Bueno, por ahí faltan un par de pasos más, es cierto, pero también depende de la suerte —corroboró el Rober—: te tiene que ver alguien, alguien de un club, y tienen que apostar por vos; después tenés que tener suerte con las lesiones, con los compañeros que te tocan... porque si tu equipo no es bueno, por más que seas Maradona, te lucís menos, viste.

—Ahí lo tenés —contraatacó Julito—. Pero también hay que esforzarse, hay que entrenar, correr, meter, pensar, poner huevo, estudiar al rival, ensayar la estrategia... En el fútbol, como en la vida, hay que romperse el culo para triunfar —remató con un vocabulario impropio de él, quizás influido por la temática futbolera.

—Sí, sí, todo muy lindo —insistió el Rober—, pero como te partas la rodilla se te jodió la carrera. O como pegues un penal en el palo en el momento clave, pasás de héroe a demonio. Y todo depende del azar.

—Y del talento. No nos olvidemos del talento —añadió el Negro—. Maradona es Maradona porque nació así. Y Fontanarrosa era un tipo como cualquiera, pero nadie escribía ni dibujaba como él. Después sí, con un poco de suerte y si las circunstancias te favorecen, entonces llegás lejos.

—No, no, la suerte es todo —meneó la cabeza Cacho—. Un día sos un forro que no vale para nada y te ponen a hacer un programa deportivo de tevé a las doce de la noche. Como es tarde y pensás que no lo mira nadie, te ponés a boludear con los colabora-

dores, colás algún *blooper* deportivo, después empezás con videos caseros de japoneses rompiéndose el alma y al día siguientes sos el comentario gracioso de los oficinistas trasnochadores, los que se quedan viendo la tele hasta la madrugada para no tener que hablar con la bruja sobre las malas notas de los pibes. Así que el boca a boca de cuatro pelotudos convierte a ese programa de gansadas en un éxito de audiencia y, cuando te querés dar cuenta, el forro del presentador se convierte en el rey de la televisión. Ahí no hay talento ni circunstancias ni esfuerzo. Ahí hay suerte.

–Eh, eh, pará la moto... –frenó Julito– Te saltaste todo lo que va entre el éxito del primer programa y la metamorfosis a rey de la TV. Vamos a suponer que el tipo tuvo un poco de suerte al principio, pero después supo gestionar el éxito. Y eso requiere de mucho trabajo. Te puede caer bien o mal, yo no lo discuto, pero el tipo aprovechó la que tuvo y se ganó el lugar a pulso.

–¡Este pulso! –opinó Mandrake agarrándose los genitales. Nadie comprendió la profundidad ni el sentido último de su argumento.

–Mirá Einstein –Cacho cambió de ejemplo–. No daban dos guitas por él, decían que no era buen alumno, que no se esforzaba, que se dedicara a barrer pisos. Si fuera por la cultura del esfuerzo, no habría llegado a nada.

–Pero tenía talento –sonrió el Negro.

–¡Al revés, boludo! –le gritó Julito a Cacho– Si llegó a algo fue por insistir, por no aflojar. Era un empleaducho de una oficina de patentes y, en vez de resignarse y culpar al mundo y a las circunstancias por su vida miserable –y al decir esto Julito miró



de reojo al Negro— Einstein siguió laburando en sus teorías y se convirtió en la figura científica más importante del siglo XX.

—¿Y Bill Gates? —tanteó Cacho— Ese la pegó, ya está, tuvo suerte y punto. Hay dos millones de pibes como él, pero solo un Bill Gates.

—¿Y lo que tuvo que trabajar en ese garaje de donde salió, eh? —Julito empezaba a declararse vencedor de la contienda.

—¿Y la Rowling, la de *Harry Potter*? Eso es suerte —volvió a intentar Cacho.

—No sé, no sé. Al menos la tipa, cuando se separó y se quedó sin laburo, se puso a hacer algo, a escribir, en vez de emborracharse y echarle la culpa al sistema o al destino —y ahora Julito parecía dirigirse al Negro.

—Pero las circunstancias influyeron —replicó el Negro—: si la mina no se hubiera quedado en la calle, no habría terminado una monga.

—¿Y si lo dejamos en que hace falta un poco de todo y ya está? —propuso el Rober, que se estaba cansando del tema— Miren, por ejemplo: si en el Mundial del '86 no hubiéramos tenido la suerte de que el referí no viera la Mano de Dios; si el Diego no hubiera sido enormemente talentoso como para hacer el mejor gol de la Historia; si el resto de los jugadores no hubieran corrido como burros... No habríamos ganado nada. ¿O no?

—¿Y entonces? —preguntó Cacho.

—¿Entonces qué? —dudó el Rober.

—¿Entonces qué hacemos? ¿Seguimos rompiéndonos el orto, jugamos a la lotería, empezamos una revolución para cambiar el mundo, o nos

resignamos a que no tenemos ningún talento? ¿Eh?  
–protestó Cacho.

Todos permanecieron un momento en silencio, meditando la mejor respuesta posible (o, al menos, la más ingeniosa) a ese desafío. Mandrake se les adelantó a todos:

–Bueno, salamines, yo me las tomo, que soy el *Neugton* del futuro y no tengo tiempo pa' perder con pavadas –dijo mientras se ponía de pie y se abrochaba el cinto del pantalón.

–Newton –corrigió Julito en perfecto inglés.

–¿El Newton del futuro? –se asombró Cacho.

–Sí, eso, el *Ñúton* del mañana –confirmó Mandrake, intentando mejorar la pronunciación.

–¡Ja, ja! ¿Vos Newton? Pero si no sabés lo que es un movimiento rectilíneo uniforme –rió el Negro.

–Eso. Vos pensás que es uno de esos *güines* de San Lorenzo que corren por la banda como locos hasta que se les acaba la cancha –siguió con la broma el Rober.

–Ustedes riansén, pero ya llevo una temporada siguiendo los pasos del *Ñúton* ese, y algún día voy a sorprenderlos a *tutti* con un descubrimiento del carajo. Ya van a ver –avanzó jocoso Mandrake.

–Bien por Mandrake –felicitó Julito–, uno que se esmera por algo.

–¿Qué esmero ni qué esmero? –contradijo Mandrake– Yo voy todos los días a lo de mi abuela, me tiro un rato debajo del manzano que tiene en el patio y espero a que se me caiga algo en la cabeza. Quién te dice, por ahí se me ocurre una idea para hacer un condensador de tejemanaje que te permita viajar en el tiempo.

El primero en soltar una carcajada fue Cacho. Después lo siguió Julito, el Negro y el Rober. Secándose las lágrimas de la risa, el Negro vio alejarse a Mandrake y sentenció:

–Puro talento.



*Cuando acabó de leer, el Gallego entendió (o creyó entender) que los cinco personajes, los cinco amigos, no eran más que distintas facetas de una misma persona. Que, como todo escritor, Martín plasmó en cada miembro de la barra una parte de sí mismo, a veces en conflicto con las demás.*

*También se dio cuenta de que era una obra inconclusa, o tal vez el fragmento de algo mayor que había empezado antes y que aún tenía que terminar. Que era una colección de impresiones, pero que no seguían un esquema o un orden preciso, sino que se iban desparramando en las páginas según el estado de ánimo del Yorugua, sus preocupaciones y obsesiones del momento.*

*Y por fin entendió (o quiso entender) que la desaparición de Martín y el abandono del cuaderno significaba, quizás, el final de una etapa; que aquello que había llevado al uruguayo hasta Buenos Aires y a su bar, a observar la vida desde aquella mesa y escribir sus diálogos era cosa del pasado; que fuera lo que fuese que Martín había intentado exorcizar con un café con leche y tres medialunas de grasa, había por fin abandonado su cuerpo (o lo había dominado para siempre).*

*Manolo, el Gallego, el dueño del café-bar que hacía esquina en la intersección de aquella calle y esta avenida, cerró la tapa dorada y guardó el cuaderno junto a los trofeos y recuerdos que atesoraba. Y cuando alguien le preguntaba qué era eso tan feo, Manolo le contaba la historia (una historia) de cinco amigos que solían sentarse en la mesa de allá...*





*Este libro no se terminó de imprimir, porque nunca se imprimió. Es solo un cuaderno de tapas amarillas que tiene el dueño de un bar como recuerdo de algo o alguien que no sabe bien lo que es.*









Alrededor de una mesa en el bar de Manolo, el Gallego, una barra de cinco amigos debate sobre los grandes temas de la humanidad (como el amor, la verdad, los sueños, el poder, el fútbol y las papafritas).

Y en otra mesa, más apartada y solitaria, un tímido y enigmático escritor recoge sus impresiones sobre el mundo y la vida en un cuaderno anillado de tapas amarillas.

Estas son las líneas de apariencia anárquica y heterogénea, gruesas y finas, que conforman los códigos de barra.

